

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 22 de Setiembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## SUMARIO

Nuevo aspecto del panamericanismo.....	Francisco García Calderón
El terror de Venezuela (2).....	Isidro Fabila
El Sandino haitiano.....	J. Jolibois fils
El hombre que parecía un caballo.....	Rafael Arévalo Martínez
Pistolas, fusiles y consejas.....	Carlos Pereyra
Elogio de González Rucavado.....	Alejandro Alvarado Quirós y J. Salas Pérez

Los Romances gitanos de Federico García Lorca.....	Ricardo Baeza
Página lírica.....	Federico García Lorca
Nueva quimera.....	C. Picado T.
En la subconciencia.....	Amanda Labarca H.
Tablero.....	

EL Presidente de la República ecuatoriana acaba de fijar un aspecto del Panamericanismo, en importante mensaje. Nadie negará a la exposición del enérgico señor Ayora, decisión y claridad. A los estadistas neo-sajones, pragmáticos en su inspiración y *matter-of-fact*, pide normas precisas, reglas concretas. En vez del panamericanismo «declamatorio», «verboso», abundante, tonante, cooperación constante y eficaz, garantías a fin de que puedan convivir las Repúblicas en pie de igualdad. Para que el panamericanismo, escribe, pueda desempeñar activa función en la historia de la Humanidad, ha de fundamentarse sobre el apoyo sincero, recíproco y cordial que se presten, unos a otros, los pueblos de América; establecerá, como ley suprema del acuerdo general, la independencia y la soberanía de todas y cada una de las naciones; y rechazará, por consiguiente, con extrema energía el pensamiento de que puedan darse, en el seno de la Unión, gobiernos dominadores y países dominados, naciones conquistadoras y pueblos conquistados.

En otra ocasión, un canciller del Salvador, propuso que se definiera el sentido actual del monroísmo. Ahora un presidente condena determinada presión, formas viciosas del americanismo, generoso en su origen, en su pristina expresión, cuando soñó Mr. Blaine, el célebre estadista, en reunir a todas las naciones del nuevo mundo, sin reconocer preeminencias o monopolios, sin tolerar injusta desigualdad. Sufre grave crisis una política y la someten a riguroso examen los directores de pueblos.

En la Habana ha declarado Mr. Coolidge, con apostólica unción, que en el nuevo mundo, definitiva Arcadia, idílica congregación de democracias fraternales, ninguna predomina a otra; la más frágil, la más pequeña de las repúblicas goza de la misma autoridad que la más grande y poderosa. Europa puede todavía creer en la Razón de Estado, preocuparse por consideraciones de maquiavelismo, inclinarse ante la fuerza muda, preparar el equilibrio de fuerzas y de influencias. América se ha redimido; no llegan a ella principios nefarios. A injustas críticas responde, con actos claros, un gran pueblo desinteresado, supremo, *paramount*, como a sí mismo se proclama con ufania.

¿Qué pueden reprocharle pueblos anarquizados? Ocupaciones transitorias, expediciones punitivas. Sólo acude la nación tutelar adonde con urgencia se la llama para curar males tenaces. En otras zonas, defiende in-

## Nuevo aspecto del panamericanismo

=De El Tiempo. Bogotá=



tereses fundamentales. Al hacerlo, imita a esta vieja Europa gobernada por impuras doctrinas. Cuba ha sido comparada a Malta, se ha emparejado a Panamá con Suez, rutas de imperialismo y de expansión. Porque contrarrestaba este avance ineludible, Colombia fue amenazada como Egipto. Entre las ironías de la historia está la de hallar, en Estados Unidos, celada por declaraciones de sabor puritano, la doctrina del pangermanismo militante, de Treitschke y sus discípulos, según los cuales, los Estados menores, mendicantes, no pueden oponerse al desarrollo de grandes poderes, agentes del Espíritu del Mundo, voceros de Dios.

¿Qué representaba Bélgica ante el Reich, plétorico de energías y ambiciones? De la misma manera, Nicaragua, inclinándose, cediendo tierras para un futuro canal, se limita a cumplir su función de pueblo secundario, obedece también al *Zbeitgeist* y muestra más sensatez que sociedades románticas, obstinadas en mantener una ilusiva independencia.

Para ser rudamente sinceros hemos de confesar que los Estados Unidos sólo intervienen donde hallan permanente discordia, los extremos alternantes de la anarquía y de la dictadura. Aun en el Mediterráneo americano, como se ha llamado al *mare nostrum* de su acción venidera, en la zona de las Antillas, en América central, respetan a las democracias concertadas, al Salvador, a Costa Rica. Nuestro pecado sin redención, la injuria pertinaz al Espíritu está en esa interior batalla de clanes y caudillos, guerra civil en que a veces se abisma el sentido de patria. De la misma manera que en las repúblicas italianas de la Edad Media y del Renacimiento, los Grandes, el *Popolo Grasso*, los tiranos llaman en su auxilio al extranjero armado, al Podestá para que intervenga en la querrela política, sirva los intereses de una facción y contribuya al mantenimiento de una larga paz; paz estéril porque no

resuelve problemas capitales y la barbarie que pareció vencida renace con fresco vigor.

Washington, apelado, envía emisarios, el Podestá ofrece orden y justicia. Entretanto, Wall Street prepara cadenas de oro. En el Norte topamos con la firme unidad sajona; en el Sur con división permanente y menudas rivalidades. A este doloroso aspecto de nuestra política se refirió en 1906, no sin cierto desdén, un profesor de la universidad de Harvard, Mr. Archibald Cary Coolidge, que dirigió hasta su muerte la importante revista *Foreign Affairs*. Lo que demuestra, escribió entonces, que los latinoamericanos se hallan atrasados en política—y ello es también desgraciado rasgo atávico en descendientes de españoles—es que persisten en conservar subdivisiones políticas que se deben a simples accidentes de su historia, a despecho de tantos intereses esenciales que los unen, de lengua y civilización comunes, de uno a otro extremo del continente. Para los norteamericanos, es infantil, se halla incapacitado para recibir los beneficios del *self government*, quien prefiere la discordia a la cohesión y a la unidad.

Por otra parte, no todo es ambición conquistadora en Estados Unidos y seguramente hallarían en su seno pueblos que pusieran sincero conato en maridar el orden y la libertad, el progreso y la independencia, consejos, ayuda, direcciones y también enérgicos defensores si fuera amenazada su autonomía y burlada su fe. No olvidemos la admirable intervención de una minoría que critica en el seno de la gran democracia los errores del imperialismo, que se siente aguijada por nobles preocupaciones de humanidad y civilización, que en ocasiones concede al senado, donde puras voces se levantan, la majestad de un justo patriciado. ¿Por qué no se dirigen a ella, a sociedades y revistas rebeldes, a diarios libres, los representantes de América española? Exageran la obediencia y la sumisión cuando precisamente el estado septentrional rudo, fuerte, altanero, ama, como los sajones de Europa, el *fair play*, respeta a los que defienden ásperamente derechos capitales.

No puede condenarse, sin embargo, a repúblicas que exageran la sumisión, puesto que Europa, orgullosa de su abolengo y acostumbrada al imperio, se inclina ante la potencia moza. Sufre mengua su hegemonía moral. Se americaniza sin entusiasmo, como si obedeciera a una plúmbea fatalidad. El invasor, el americano, como se le denomina

en el viejo mundo por antonomasia, impone sus gustos, establece bancos y oficinas, en red estrecha; no tolera crítica ni contradicción. Refiriéndose a él, ha escrito recientemente M. André Tardieu, ministro en el gabinete francés, comisario de la República en Estados Unidos en meses agoniosos de la gran guerra, que el ciudadano de la gran República no duda de sí, de su sabiduría, de sus eficientes admoniciones. Sólo él, en un mundo sin eje, sin norte, sin equilibrio, «tiene el sentido de la línea recta». A quienes fueron sus émulos en otro tiempo ofrece generosamente modelos, reglas útiles, o los impone convencido de que prospera a todas las gentes y las redime de la estagnación y de la mediocridad.

Antes de la gran guerra, Europa en pleno creciente, podía ser baluarte natural para las repúblicas americanas; multiplicar influencias, rivalizar con Wall Street y sus emisarios; conservar hilos fuertes en la recia urdimbre de las negociaciones comerciales. Abandonó a las democracias ultraoceánicas, pungida por el dolor y la angustia de la guerra; aceptó todos los aspectos y planes del monroísmo, cura de pueblos, predicción humanitaria, expansión higiénica; en el *Covenant* firmado en Ginebra, en 1919, reconoció explícitamente que un acuerdo particular y regional asociaba bajo la tutela civilizadora de Estados Unidos a las democracias del nuevo continente. ¿*Quis custodiet ipsos custodes?*, preguntaba yo en 1912, en mi libro sobre las democracias hispanolatinas. Nadie puede vigilar al veedor, al defensor, si el mismo no impone límites a una expansión que parece inevitable.

En ello piensan, sin duda, estadistas lúcidos, y despojan al panamericanismo de su antigua ambición, restringen su alcance, lo limitan para evitar tiranías y demasías. Diríase que hemos llegado, después de la Ha-

vana y sus acedas discusiones, a un cruce de rutas. En vez de la confusión reina la claridad. La unión de los pueblos se transforma. No puede subsistir en su forma presente, como amenaza y monopolio, y va a adecuarse a nuevas realidades. América hispanolatina sabe que, en el septentrión, un admirable estado en firme progreso, millonario de hombres y con arcas pletóricas, sin rivales en continente alguno, sin enemigos, defendido por una altiva floresta de mástiles, acreedor de Europa, ha de ejercer natural predominio en la Liga Americana. Se siente atada a ese formidable poder en virtud de ineludibles relaciones geográficas, económicas, financieras, políticas. Pero, ¿quién gobierna al Espíritu que, según la expresión francesa, *souffle où il veut?* España pervive en el nuevo mundo con inconquistable fuerza espiritual, aun en Cuba, donde imperan sentimientos tan naturales de gratitud a Estados Unidos, en Puerto Rico, a despecho de la anexión.

¿Cómo puede convertirse en panamericanismo, en «fuerza vital»? Si establece el reino de la justicia y del derecho, contesta el presidente Ayora. Solos, los americanos de origen sajón, no parecen capacitados para imponer armónicas soluciones a conflictos jurídicos o políticos. Recordemos su reciente fracaso en uno de los más graves problemas del Sur, el de Tacna y Arica, que ha entristecido a una noble nación por espacio de cuarenta años. Quien aspira en el mundo actual a hegemonía semejable a la de Roma, no puede olvidar el justo *debellare superbos*, protección a pueblos enflaquecidos, barreras a la voluntad de otros que se afirma y se dilata con desmesura. Virgilio al cantar ese imperialismo, el *tutere imperio populos, Romane momento*, pensó en una alta misión de concordia y de paz, *pacisque imponere morem*.

Francisco García Calderón

París, 1928.

## El Sandino haitiano

PARA los americanos de la república estrellada del Norte todos los latinoamericanos que defienden con obstinación los derechos de sus respectivos países contra la dominación yanqui, son, o bandidos o enemigos inveterados de los Estados Unidos del Norte. El gran Sandino y sus heroicos soldados son «bandidos». Pueyrredón es un enemigo de los Estados Unidos del Norte. Charlemagne Peralte, «el Sandino haitiano», asesinado traidoramente por oficiales norteamericanos que habían podido introducirse durante la noche en su campamento, fue un «bandido». Su cadáver fue despojado de los vestidos que llevaba el bravo héroe en los momentos en que fue asesinado, se le ató a una cruz sobre una puerta y permaneció expuesto todo un día al sol tropical de Haití y a la burla de los marinos, que no pudieron vencerlo combatiendo de frente; en la misma forma en que fueron expuestos en las afueras de Caracas las cabezas de los iniciadores de la independencia de la América bolivariana.

Sin embargo, el brigadier Elie K. Cole declaraba en 1921 ante la Comisión Senatorial de investigación Norteamericana, que no ha habido y que no existe nada tan respetable en Haití, que aquellos que han luchado y luchan por la independencia de esta desgraciada república, y que por deber de soldado ha sido obligado a combatir contra su conciencia. El Almirante Caperton, afirma ante la misma Comisión que el Congreso haitiano se había negado a ratificar el Tratado de Abdicación que le fue im-

puesto; que fue obligado a recurrir a los grandes medios para romper la resistencia y proclamó la ley marcial en toda la extensión de la república; que él no sabía por qué el gobierno norteamericano no había cumplido su promesa hecha por su mismo intermediario, el almirante Caperton, en 1915, de retirar sus tropas de Haití tan pronto como la paz se hubiese restablecido.

En 1919 el brigadier Catlin se negó a masacrar a los haitianos que luchaban en los bosques contra las tropas invasoras y presentó dimisión, abandonando su puesto y marchándose a Cuba en espera de que su dimisión fuese aceptada.

En su lugar se envió un verdugo que experimentaba un placer diabólico indescriptible en el asesinato de los haitianos pacíficos y desgraciados que se encontraban cerca de la zona de la guerra. La lucha duró tres años y los guerreros haitianos parecían invencibles a pesar del empleo de las más modernas armas. Dinero se le ofreció a Charlemagne Peralte a cambio de su renuncia a seguir la lucha en defensa de su país. Se le aseguraba su vida si convenía en aceptar los ofrecimientos y retirarse al extranjero. Rechazó todas estas proposiciones vergonzosas. En dos ocasiones, el 17 de noviembre de 1919 y el 15 de enero de 1920, los valerosos defensores de la independencia haitiana entraron a Puerto Príncipe pero fueron rechazados con grandes partidas. La segunda vez que los sacaron de la ciudad, los marinos norteamericanos incendiaron los barrios en que se habían

fortificado los valientes, y así muchos barrios desaparecieron consumidos por las llamas.

El 7 de marzo de 1916—siete meses después del desembarque de las tropas norteamericanas—el capitán Bishop U. S. M. C. escribió al que firma, entonces subfiscal de Petit-Goave, para decirle: «Si todos los haitianos fuesen como usted, los soldados del *Marine Corps* no habrían ocupado Haití después de 111 años de independencia». Tres veces mi magistratura fue invadida y violada por los marinos. Dos veces fui obligado a batirme cuerpo a cuerpo.

En 1920, el capitán Beach escribió un libro para revelar a la opinión americana, lo que había pasado en Haití, y cómo el gobierno americano se había aliado a la haitiana para imponer la ocupación. El Departamento de Estado persiguió el libro y el capitán Beach, desgraciado, por haberse casado con una haitiana de color, Melle Fouché, de Cap-Haitien. Desde entonces el matrimonio entre oficiales o soldados y haitianas fue prohibido por las autoridades militares de ocupación.

En marzo de 1927, un graduado norteamericano hizo revelaciones sensacionales a varios haitianos, concernientes a un complot maquiavélico que se preparaba contra los nacionalistas haitianos en el caso de que el senador norteamericano William H. King, pasara la frontera y entrara de todas maneras al territorio haitiano, a pesar de la prohibición que le había sido hecha por el muñeco del brigadier norteamericano John H. Russel, el Presidente Luis Borno. El senador William H. King iba a Haití para investigar sobre los crímenes de la ocupación y debía ser el huésped de la Unión Patriótica de Haití y de los sindicatos obreros haitianos cuyo jefe es el que suscribe.

El 26 de noviembre de 1921, mi distinguido amigo y digno camarada Ernest Gruening, hizo revelaciones terribles en un mitin realizado en Puerto Príncipe sobre las finalidades imperialistas de los Estados Unidos del Norte. Fué hecho responsable de la manifestación colosal contra la ocupación del 29 de noviembre de 1921 que se hizo con motivo de la llegada a Puerto Príncipe de la Comisión de Investigación Senatorial, porque los manifestantes llevaban carteles con las inscripciones siguientes:

«¿Gobierno americano, Haití será vuestra Alsacia-Lorena?» «¿Gobierno americano, Haití será vuestro Congo?» «La sangre de 10.000 haitianos asesinados cobardemente pide venganza».

En 1917, 1918, 1919 y 1920 los campesinos haitianos fueron obligados a trabajar, sin remuneración alguna, en la construcción de rutas militares para que el cuerpo de marinos pudiese llegar fácilmente hasta lugares en que se encontraban los que luchaban contra el invasor. Centenares de estos desgraciados murieron en los caminos.

El general Barnett, ex-Jefe, del *Marine Corps* confiesa en una relación oficial al Departamento de Marina que 3.500 inofensivos y pacíficos campesinos haitianos han sido asesinados por los cuerpos de marinos en la represión del movimiento armado de los haitianos contra la ocupación norteamericana.

El viernes 2 de noviembre de 1921 el senador Pomerene hizo venir ante la Comisión Senatorial de Investigación norteamericana que trabajaba en Puerto Príncipe, al que suscribe, J. Jolibois fils, después de ponerlo en libertad. Yo había pasado seis meses dos días en prisión en virtud de una orden militar de la Corte Marcial y había sido maltratado por los *marines* que me habían obligado a trabajos forzados, trabajando diez horas por día en romper piedras,

con la cabeza desnuda bajo el sol ardiente del trópico.

—Ahora que usted sale de la prisión, dijo el senador Pomerone, a Mr. Jolibois fils, donde usted ha sido maltratado: ¿está usted siempre dispuesto a luchar contra la ocupación norteamericana? Ya no tuve más que un solo grito y respondí: «Sí, y ahora más que nunca».

—¿Por qué?—preguntó el senador Pomerone—Porque nacido libre, yo entiendo transmitir a mis hijos el legado precioso que yo heredé de mi padre y que fué conquistado por mis abuelos: la independencia de Haití y la libertad. El senador Pomerone enrojeció y no continuó su interrogatorio.

Cuatro meses antes, el 10 de agosto el Departamento de Estado de Norteamérica había escrito a la familia Jolibois para informarle que si J. Jolibois fils, entonces en prisión, aceptaba en dar excusas al brigadier A. Russel, coronel jefe del cuerpo de marinos que operaba en Haití, y estaba dispuesto a cambiar de actitud, sería libertado inmediatamente porque el coronel Russel había señalado al señor Jolibois fils como el mayor enemigo de la ocupación de Haití. Como el lector debe pensarlo, el que suscribe rechazó las ofertas del Departamento de Estado norteamericano, y purgó su condena y pagó la multa a que fue condenado, para conservar sus derechos de continuar la lucha. *Le Courrier Haitien* paga 1.200

dólares de multa a la ocupación americana en 1921.

En marzo de 1926, una delegación de la «Asociación para la Paz de mujeres americanas», en virtud de un mandato de la Asociación Internacional de Ginebra, se transportó a Haití e investigó sobre la ocupación y los crímenes que había cometido. Esta delegación estaba presidida por Madame Adams. El que suscribe, entonces en la cárcel, fue ampliamente interrogado por la mencionada delegación la cual, a su regreso a Washington, tuvo diferentes entrevistas con el Presidente Coolidge y el Departamento de Estado. En su informe, esta Comisión femenina de investigación concluyó abogando por la restauración del gobierno soberano y autónomo y la independencia de Haití: En el libro que esta Comisión imprimió para poner a la opinión al corriente de sus trabajos en Haití, consagró todo un capítulo de varias páginas al que suscribe.

Como dice también el gran pensador Gustavo le Bon: «Bajando a la tumba el hombre no muere enteramente. Queda estrictamente ligado a los vivos, se mezcla a todas sus acciones y dirige sus voluntades de una manera a menudo despótica». Haití está gobernado por sus grandes e ilustres muertos desde que la ocupación americana existe, y son estos grandes muertos los que sostienen a los nacionalistas haitianos en sus luchas heroicas de cada día contra el invasor.

*J. Jolibois fils*  
Delegado de la UNION PATRIOTICA DE HAITI  
y Director de *Le Courrier Haitien*.

## El terror en Venezuela

### 2.—Las prisiones

LA prisión venezolana es el tormento paulatino que mata en la suciedad que infama, a la oscuridad que ahuma el espíritu, al hambre y la sed que exprimen la savia de la vida, y a la ociosidad que adelgaza la razón hasta romperla.

Los presos de Gómez cuando no mueren avézanse a la fetidez, a la desnudez, al frío que agarrota, al calor que asfixia. Avézanse también, al silencio, a la humedad, a la falta de sol, de libros y de distracciones. Rectifico; los presos de Gómez se distraen. Veamos como.

El estimable Dr. Carlos León, de quien es el testimonio que presento, me contaba uno de sus entretenimientos durante los 8 años que se alojó preso en la Rotunda: en las tinieblas de su calabozo arrojaba un botón quitado a su ropa; lo arrojaba al suelo en cualquier lado, al azar. El juego solitario consistía en encontrar el botón a tientas; y volverlo a perder y volverlo a hallar. Cada hallazgo era un triunfo y cada triunfo un placer.

Este juego lo efectuaba el Dr. León teniendo atados a los pies unos grillos de 65 libras que prácticamente lo clavaban en tierra.

Otra diversión de los presidiarios estriba en algo más útil y asqueroso: en matar chinches que los agobian y desesperan.

\*\*\*

Los prisioneros de Venezuela viven todos engrillados. Los grillos son un tormento inútil: estriba en dos brascas argollas de hierro, cada una abrazando un tobillo y entrambas unidas por un barroto ferrado que viene a quedar so los talones de la víctima.

La tortura que producen los grillos es perenne. El excesivo peso que varía de 60 a 120 libras, sangra o llaga la carne mace-

rada sobre los huesos causando siempre agudas dolencias.

Los grillos quieren decir el estancamiento humano, que es un castigo; o la movilidad que es un sufrimiento. Los engrillados no caminan, se arrastran; y cuando quieren levantar una nada los pies del suelo, se agachan antes, con las dos manos sopesan los hierros y así avanzan por centímetros. Este movimiento es casi imposible cuando la diabólica perversidad del verdugo hace poner dos grillos a un sólo hombre.

A las veces, en una misma varilla enyugan dos presos que viven así hasta que mueren. La pavora de este tormento es inenarrable. La imaginación no puede alcanzar las realidades continuas de tal suplicio, más hórrido cuando en el mismo yugo junta el victimario, con lujosa perversidad, a un hombre culto con un zafio.

Entonces dos vidas opuestas que toda idea separa, que todo sentimiento divorcia; dos almas extranjeras que no hablan el mismo idioma, ni pueden compenetrarse nunca, allí están atadas con su carne en el mismo grillete que al fin los torna enemigos terribles.

Los engrillados juntos, magüer sus diferentes costumbres y necesidades, tienen que acostarse y levantarse al mismo tiempo y contemplar el uno la vida del otro con todas sus miserias morales y fisiológicas... En tan lamentable guisa esos pobres hacen camino hacia la muerte, en los hombros de la desesperación.

Cuando un enyugado enferma o muere, su compañero habrá de seguir allí mismo, a su vera, el curso de sus males y de su muerte, sin que pueda ampararlo ni evadirse él mismo de la amargura ajena, ni muchas ocasiones, el contagio.

\*\*\*

Las principales prisiones de Venezuela son: La Rotunda, ubicada en el riñón de Caracas y los Castillos de Puerto Cabello y San Carlos.

El régimen interno de las cárceles venezolanas es inquisitorial; da una impresión de friura y de pavor: incomunicación completa con el mundo; los familiares de un reo político no tornan a verlo hasta que el jefe de la cárcel les avisa que pueden pasar a recoger el cadáver del esposo, del padre, del hijo.

Las bartolinas tienen una superficie de tres metros cuadrados; no tienen luz, ni ventilación, ni cama, ni lavabo.

Un libertado de la Rotunda declaró bajo juramento, en New York, en 1923, entre otras muchas cosas espeluznantes, éstas: «Hay mucha inmundicia en la Rotunda. Intencionadamente no se ocupaban de la limpieza. Cuando llueve se inundan los calabozos».

Y luego agregaba: «El doctor Régulo Franquiz, canónigo de la catedral de Caracas, fue envenenado en la bartolina número 16»... «El canónigo Ramírez fue asesinado al mismo tiempo que el padre Franquiz, en la bartolina número 18. Le dieron a beber agua contaminada de las cloacas, a fin de envenenarlo gradualmente».

El Dr. Francisco Domínguez Acosta, prominente orador, fue encerrado en la bartolina 14, dos días después de la muerte de un tuberculoso llamado Ramón Caldera, y como este murió a consecuencia de abundantes hemorragias... el Sr. Domínguez pronto se contagió de la terrible enfermedad, falleciendo de tisis galopante.

El declarante afirmó entonces, siempre bajo juramento, que en época de reclusión, había en el Castillo de San Carlos 600 prisioneros; en las provincias, aproximadamente 700; 1.000 en los llamados «Plomos venecianos de Maracay»; 500 en el Castillo del Libertador; 300 en la Rotunda.

Salvador de la Plaza, estudiante valeroso y probo, libertado por un pariente a quien Gómez debía la vida, ha dejado escritas estas constancias: «Las cárceles de Venezuela continuamente están repletas de presos; más de veinte mil venezolanos han estado en ellas y la mayoría ha sucumbido por las torturas».

El español Gerardo Fernández, diez años preso en Venezuela, declaró a *The Nation* que «en las celdas, que son especie de cuevas de animales donde apenas podría habitar un hombre, conviven obligadamente cinco y más en hacimiento asfijante» y el Dr. don Alejandro Rivas Vázquez, en un artículo publicado en México, en 1921, reveló los siguientes hechos, entre muchos más que no podría repetir:

«A muchos presos se les mata de hambre en medio de gritos desgarradores. Jamás se les permite bañarse, ni cortarse el pelo ni las uñas. Y tienen que dormir, comer y hacer todas sus necesidades en el suelo de su celda que apenas tiene, la más grande, una vara de ancho por tres de largo».

El mencionado testigo Fernández consignó estos datos publicados por *La Reforma Social* del eminente escritor venezolano Jacinto López: «Al salir de mi prisión me hice cortar las uñas, la barba y el cabello, y he aquí el resultado: longitud de las uñas en diez años, 0,13 cms.—longitud de la barba, 62 cms.—longitud del cabello, 1 metro 10.

Y agrega el señor Rivas Vázquez: «La crueldad de Gómez ha inventado la construcción en Maracay, de celdas que tienen un largo de una vara y un alto de vara y media, para que el prisionero jamás pueda acostarse ni pararse completamente»...

\*\*\*

El número de muertos en las prisiones de Gómez es crecidísimo; cada venezolano que logra salir del crucificado país, da no-

ticia, con su fehaciente testimonio, del crecimiento de la lista, ya espantable, de las víctimas. Mencionaremos unas cuantas.

Dos estimables colombianos, señores Lázaro y Estrada, y un digno venezolano, Sr. Lara, denunciados como conspiradores contra la vida del tirano, fueron mandados a asesinar en el Castillo de San Carlos, a varazos, dándoles cien varazos diarios, con miembro de toro, dos de ellos murieron y el otro, sangrante y agónico, fue arrojado a los cerdos del Castillo, que lo devoraron vivo.

Un gran poeta, Torres Abandero, murió en su mazmorra y hasta los 7 días no fue sepultado.

Un brillante grupo de jóvenes militares fue sometido a las más odiosas torturas; Luis Pimentel, Aníbal Molina, Ricardo Co-

rredores, los hermanos Parra Estreva, Luis Bodarroco, etc...

La mayor parte de estos infelices muchachos se suicidaron para evitarse la continuación de los tormentos.

El erguido general Zoilo Vidal, ex-Gobernador del Estado de Sucre, es un veterano de la Rotunda: con grillos de 100 libras vive su misérrima existencia desde el año de 1910 en que prácticamente, fue condenado a muerte.

Y como estos nombres, otros de ilustres personalidades: el escritor Manuel Ruiz, los periodistas Parras Bello y Rafael Arévalo González, el humorista Jacobo Pimentel, el eminente panfletario Pocaterra, fiscal justiciero de Gómez, y tantos y tantos más.

El monstruo que tales vidas cercena, debe tener vacíos los aposentos del corazón y la sangre trocada en ponzoña.

*Isidro Fabela*

Paris, Mayo, 1928.

## El hombre que parecía un caballo

=De el tomo *El hombre que parecía un caballo* y *Las rosas de Engaddi*. Guatemala, 1927.=

EN el momento en que nos presentaron, estaba en un extremo de la habitación, con la cabeza ladeada, como acostumbra a estar los caballos, y con aire de no fijarse en lo que pasaba a su alrededor. Tenía los miembros duros, largos y enjutos, extrañamente recogidos, tal como los de uno de los protagonistas en una ilustración inglesa del libro de Gulliver. Pero mi impresión de que aquel hombre se asemejaba por misterioso modo a un caballo, no fué obtenida entonces sino de una manera subconsciente, que acaso nunca surgiese a la vida plena del conocimiento, si mi anormal contacto con el héroe de esta historia no se hubiese prolongado.

En esa misma prístina escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aretal a desprenderse, para obsequiarnos, de los traslúcidos collares de ópalos, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos que constituían su íntimo tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, yo me extendí todo, como una gran sábana blanca, para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban, y volvían trémulas y conmovidas y regocijadas a darme la buena nueva:—«Este es el hombre que esperabas; este es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidez con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defrau-

daron tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua».

Y cuando se levantó para marcharse, lo seguí, aherrado y preso como el cordero que la zagala ató con lazos de rosas. Ya en el cuarto de habitación de mi nuevo amigo, éste, apenas traspuestos los umbrales que le daban paso a un medio propicio y habitual, se encendió todo él. Se volvió deslumbrador y escénico como el caballo de un emperador en una parada militar. Las solapas de su levita tenían vaga semejanza con la túnica interior de un corcel de la edad media, enjaezado para un torneo. Le caían bajo las nalgas enjutas, acariciando los remos finos y elegantes. Y empezó su actuación teatral.

Después de un ritual de preparación cuidadosamente observado, caballero iniciado de un antiquísimo culto, y cuando ya nuestras almas se habían vuelto cóncavas, sacó el cartapacio de sus versos con la misma medida unciosa con que se acerca el sacerdote al ara. Estaba tan grave que imponía respeto. Una risa hubiera sido acuchillada en el instante de nacer.

Sacó su primer collar de topacios, o mejor dicho, su primera serie de collares de topacios, traslúcidos y brillantes. Sus manos se alzaron con tanta cadencia que el ritmo se extendió a tres mundos. Por el poder del ritmo, nuestra estancia se conmovió toda en el segundo piso, como un globo prisionero, hasta desasirse de sus lazos terrenos y llevarnos en un silencioso viaje aéreo. Pero a mí no me conmovieron sus versos,

porque eran versos inorgánicos. Eran el alma traslúcida y radiante de los minerales; eran el alma simétrica y dura de los minerales.

Y entonces el oficiante de las cosas minerales sacó su segundo collar. ¡Oh esmeraldas, divinas esmeraldas! Y sacó el tercero. ¡Oh diamantes, claros diamantes! Y sacó el cuarto y el quinto, que fueron de nuevo topacios, con gotas de luz, con acumulamientos de sol, con partes opacamente radiosas. Y luego el séptimo: sus carbunclos. Sus carbunclos casi eran tibios; casi me conmovieron como granos de granada o como sangre de héroes; pero los toqué y los sentí duros. De todas maneras, el alma de los minerales me invadía; aquella aristocracia inorgánica me seducía raramente, sin comprenderla por completo. Tan fué esto así, que no pude traducir las palabras de mi Señor interno, que estaba confuso y hacía un vano esfuerzo por volverse duro y simétrico y limitado y brillante, y permaneció mudo. Y entonces, en imprevista explosión de dignidad ofendida, creyéndose engañado, el Oficiante me quitó su collar de carbunclos, con movimiento tan lleno de violencia, pero tan justo, que me quedé más perplejo que dolorido. Si hubiera sido el Oficiante de las Rosas, no hubiera procedido así.

Y entonces, como a la rotura de un conjuro, por aquel acto de violencia, se deshizo el encanto del ritmo; y la blanca navicilla en que voláramos por el azul del cielo, se encontró sólidamente aferrada al primer piso de una casa.

Después, nuestro común presentante, el señor de Aretal y yo, almorzamos en los bajos del hotel.

Y yo, en aquellos instantes, me asomé al pozo del alma del Señor de los topacios. Vi reflejadas muchas cosas. Al asomarme, instintivamente, había formado mi cola de pavo real; pero la había formado sin ninguna sensualidad interior, simplemente solicitado por tanta belleza percibida y deseando mostrar mi mejor aspecto, para ponerme a tono con ella.

¡Oh las cosas que ví en aquel pozo! Ese pozo fué para mí el pozo mismo del misterio. Asomarse a un alma humana, tan abierta como un pozo, que es un ojo de la tierra, es lo mismo que asomarse a Dios. Nunca podemos ver el fondo. Pero nos saturamos de la humedad del agua, el gran vehículo del amor; y nos deslumbramos de luz reflejada.

Este pozo reflejaba el múltiple aspecto exterior en la personal manera del señor de Aretal. Algunas figuras estaban más vivas en la superficie del agua: se reflejaban los clásicos, ese tesoro de ternura y de sabiduría de los clásicos; pero sobre todo se reflejaba la imagen de un amigo ausente, con tal pureza de líneas y tan exacto colorido, que no fué uno de los menos interesantes atractivos que tuvo para mí el alma del señor de Aretal, este paralelo darme el conocimiento del alma del señor de la Rosa, el ausente amigo tan admirado y tan amado. Por encima de todo, se reflejaba Dios. Dios, de quien nunca estuve menos lejos. La gran alma que a veces se enfoca temporalmente. Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad: el mensaje humano, que es el más valioso de todos. Pero era un mensajero inconsciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo.

Pronto interesé sobre manera a mi noble huésped. Me asomaba con tanta avidez al agua clara de su espíritu, que pudo tener una imagen exacta de mí. Me había aproximado lo suficiente, y además, yo también era una cosa clara que no interceptaba la luz. Acaso lo ofusqué tanto como él a mí. Es una cualidad de las cosas alucinadas el ser

### CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes de la vista — Anteojos y lentes de todas clases

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los señores Médicos Oculistas  
Gemelos de teatro y campo — Microscopios — Lentes de lectura

**GUILLERMO RIVERA MARTIN**

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

APROBADO POR LA FACULTAD DE MEDICINA DE COSTA RICA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Correo 349

a su vez alucinadoras. Esta mutua atracción nos llevó al acercamiento y estrechez de relaciones. Frecuenté el divino templo de aquella alma hermosa. Y a su contacto empecé a encenderme. El señor de Aretal era una lámpara encendida y yo era una cosa combustible. Nuestras almas se comunicaban. Yo tenía las manos extendidas y el alma de cada uno de mis diez dedos era una antena por la que recibía el conocimiento del alma del señor de Aretal. Así supe de muchas cosas antes no conocidas. Por raíces aéreas, ¿qué otra cosa son los dedos?, u hojas aterciopeladas, ¿qué otra cosa que raíces aéreas son las hojas?, yo recibía de aquel hombre algo que me había faltado antes. Había sido un arbusto desmedrado que prolonga sus filamentos hasta encontrar el humus necesario en una tierra nueva. ¡Y cómo me nutría! Me nutría con la beatitud con que las hojas trémulas de clorófila se extienden al sol; con la beatitud con que una raíz encuentra un cadáver en descomposición; con la beatitud con que los convalecientes dan sus pasos vacilantes en las mañanas de primavera, bañadas de luz; con la beatitud con que el niño se pega al seno nutricional y después, ya lleno, sonríe en sueños a la visión de una ubre nivea. ¡Bah! Todas las cosas que se completan tienen beatitud así. Dios, un día, no será otra cosa que un alimento para nosotros: algo necesario para nuestra vida. Así sonríen los niños y los jóvenes, cuando se sienten beneficiados por la nutrición.

Además me encendí. La nutrición es una combustión. Quién sabe qué niño divino regó en mi espíritu un reguero de pólvora, de nafta, de algo fácilmente inflamable, y el señor de Aretal, que había sabido aproximarse hasta mí, le había dado fuego. Yo tuve el placer de arder: es decir, de llenar mi destino. Comprendí que era una cosa esencialmente inflamable. ¡Oh padre fuego, bendito seas! Mi destino es arder. El fuego es también un mensaje. ¿Qué otras almas arderían por mí? ¿A quién comunicaría mi llama? ¡Bah! ¿Quién puede predecir el porvenir de una chispa?

Yo ardí y el señor de Aretal me vió arder. En una maravillosa armonía, nuestros dos átomos de hidrógeno y de oxígeno habían llegado tan cerca, que prolongándose, emanando porciones de sí, casi llegaron a juntarse en alguna cosa viva. A veces revolaban como dos mariposas que se buscan y tejen maravillosamente lazos sobre el río y en el aire. Otras se elevaban por la virtud de su propio ritmo y de su armoniosa consonancia, como se elevan las dos alas de un dístico. Una estaba fecundando a la otra. Hasta que...

¿Habéis oído de esos carámbanos de hielo que, arrastrados a aguas tibias por una corriente submarina, se desintegran en su base, hasta que perdido un maravilloso equilibrio, giran sobre sí mismos en una apocalíptica vuelta, rápidos, inesperados, presentando a la faz del sol lo que antes estaba oculto entre las aguas? Así, invertidos, parecen inconscientes de los navíos que, al hundirse su parte superior, hicieron descender al abismo. Inconscientes de la pérdida de los nidos que ya se habían formado en su parte vuelta hasta entonces a la luz, en la relativa estabilidad de esas dos cosas frágiles: los huevos y los hielos.

Así de pronto, en el ángel transparente del señor de Aretal, empezó a formarse una casi inconsistente nubecilla oscura. Era la sombra proyectada por el caballo que se acercaba.

¿Quién podría expresar mi dolor cuando en el ángel del señor de Aretal apareció aquella cosa oscura, vaga e inconsistente? Había mi noble amigo bajado a la cantina del hotel en que habitaba. ¿Quién pasaba? ¡Bah! Un oscuro sér, poseedor de unas horribles narices aplastadas y de unos labios

delgados. ¿Comprendéis? Si la línea de su nariz hubiese sido recta, también en su alma se hubiese enderezado algo. Si sus labios hubiesen sido gruesos, también su sinceridad se hubiese acrecentado. Pero no. El señor de Aretal le había hecho un llamamiento. Ahí estaba... Y mi alma que en aquel instante tenía el poder de discernir, comprendió claramente que aquel hombrecillo, a quien hasta entonces había creído un hombre, porque un día vi arrebolarse sus mejillas de vergüenza, no era sino un homúnculo. Con aquellas narices no se podía ser sincero.

Invitados por el señor de los topacios, nos sentamos a una mesa. Nos sirvieron coñac y refrescos, a elección. Y aquí se rompió la armonía. La rompió el alcohol. Yo no tomé. Pero tomé él. Pero estuvo el alcohol próximo a mí, sobre la mesa de mármol blanco. Y medió entre nosotros y nos interceptó las almas. Además, el alma del señor de Aretal ya no era azul como la mía. Era roja y chata como la del compañero que nos separaba. Entonces comprendí que lo que yo había amado más en el señor de Aretal era mi propio azul.

Pronto el alma chata del señor de Aretal empezó a hablar de cosas bajas. Todos sus pensamientos tuvieron la nariz torcida. Todos sus pensamientos bebían alcohol y se materializaban groseramente. Nos contó de una legión de negras de Jamaica, lúbricas y semi desnudas, corriendo tras él en la oferta de su odiosa mercancía por cinco centavos. Me hacía daño su palabra y pronto me me hizo daño su voluntad. Me pidió insistentemente que bebiera alcohol. Cedió. Pero apenas consumado mi sacrificio sentí claramente que algo se rompía entre nosotros. Que nuestros señores internos se alejaban y que venía abajo, en silencio, un divino equilibrio de cristales. Y se lo dije: —Señor de Aretal, usted ha roto nuestras divinas relaciones en este mismo instante. Mañana usted verá en mí llegar a su aposento sólo un hombre y yo sólo encontraré un hombre en usted. En este mismo instante usted me ha teñido de rojo.

El día siguiente, en efecto, no sé qué hicimos el señor de Aretal y yo. Creo que marchamos por la calle en vía de cierto negocio. El iba de nuevo encendido. Yo marchaba a su vera apagado ¡y lejos de él! Iba pensando en que jamás el misterio me había abierto tan ancha rasgadura para asomarme, como en mis relaciones con mi extraño acompañante. Jamás había sentido tan bien las posibilidades del hombre; jamás había entendido tanto al dios íntimo como en mis relaciones con el señor de Aretal.

Llegamos a su cuarto. Nos esperaban sus formas de pensamiento. Y yo siempre me sentía lejos del señor de Aretal. Me sentí lejos muchos días, en muchas sucesivas visitas. Iba a él obedeciendo leyes inexorables. Porque era preciso aquel contacto para quemar una parte en mí, hasta entonces tan seca, como que se estaba preparando para arder mejor. Todo el dolor de mi sequedad hasta entonces, ahora se regocijaba de arder; todo el dolor de mi vacío hasta entonces, ahora se regocijaba de plenitud. Salí de la noche de mi alma en una aurora encendida. Bien está. Bien está. Seamos valientes. Cuanto más secos estemos, arderemos mejor. Y así iba a aquel hombre y nuestros Señores se regocijaban. ¡Ah! ¡Pero el encanto de los primeros días! ¿En dónde estaba?

Cuando me resigné a encontrar un hombre en el señor de Aretal, volvió de nuevo el encanto de su maravillosa presencia. Amaba a mi amigo. Pero me era imposible desechar la melancolía del dios ido. ¡Traslúcidas, diamantinas alas perdidas! ¿Cómo encontraros los dos y volver a donde estuvimos?

Un día, el señor de Aretal encontró propicio el medio. Eramos varios sus oyentes; en el cuarto encantado por sus creaciones

habituales, se recitaron versos. Y de pronto, ante unos más hermosos que los demás, como ante una clarinada, se levantó nuestro noble huésped, piafante y elástico. Y allí, y entonces, tuve la primera visión: *el señor de Aretal estiraba el cuello como un caballo.*

Le llamé la atención:—Excelso huésped, os suplico que adoptéis esta y esta actitud. Sí; era cierto: *estiraba el cuello como un caballo.*

Después, la segunda visión; el mismo día. Salimos a andar. Y de pronto percibí, lo percibí: *el señor de Aretal caía como un caballo.* Le faltaba de pronto el pie izquierdo y entonces sus ancas casi tocaban tierra, como un caballo claudicante. Se erguía luego con rapidez; pero ya me había dejado la sensación. ¿Habéis visto caer a un caballo?

Luego la tercera visión, a los pocos días. Accionaba el señor de Aretal sentado frente a sus monedas de oro, y de pronto lo ví mover los brazos como mueven las manos los caballos de pura sangre, sacando las extremidades de sus miembros delanteros hacia los lados, en esa bella serie de movimientos que tantas veces habréis observado cuando un jinete hábil, en un paseo concurrido, reprime el paso de un corcel caracoleante y espléndido.

Después otra visión: *el señor de Aretal veía como un caballo.* Cuando lo embriagaba su propia palabra, como embriaga al corcel noble su propia sangre generosa, trémulo como una hoja, trémulo como un corcel montado y reprimido, trémulo como todas esas formas vivas de raigambres nerviosas y finas, inclinaba la cabeza, ladeaba la cabeza, y así veía, mientras sus brazos desataban algo en el aire, como las manos de un caballo.—¡Qué cosa más hermosa es un caballo! ¡Casi se está sobre dos pies!— Y entonces yo sentía que lo cabalgaba el espíritu.

Y luego cien visiones más. El señor de Aretal se acercaba a las mujeres como un caballo. En las salas suntuosas no se podía estar quieto. Se acercaba a la hermosa señora recién presentada, con movimientos fáciles y elásticos, baja y ladeada la cabeza, y daba una vuelta en torno de ella y daba una vuelta en torno de la sala.

Veía así, de lado. Pude observar que sus ojos se mantenían inyectados de sangre. Un día se rompió uno de los vasillos que los coloreaban con trama sutil; se rompió el vasillo y una manchita roja había coloreado su córnea. Se lo hice observar.

—«Bah, me dijo, es cosa vieja. Hace tres días que sufro de ello. Pero no tengo tiempo para ver a un doctor».

Marchó al espejo y se quedó mirando fijamente. Cuando al día siguiente volví, encontré que una virtud más lo ennoblecía. Le pregunté: ¿qué lo embellece en esta hora? Y él respondió: «un matiz». Y me contó que se había puesto una corbata roja para que armonizara con su ojo rojo. Y entonces yo comprendí que en su espíritu había una tercera coloración roja y que estas tres rojeces juntas eran las que me habían llamado la atención al saludarlo. Porque el espíritu de cristales del señor de Aretal se teñía de las cosas ambientes. Y eso eran sus versos: una maravillosa cristalería teñida de las cosas ambientes: esmeraldas, rubíes, ópales...

Pero esto era triste a veces porque a veces las cosas ambientes eran oscuras o de colores mancillados: verdes de estercolero, palideces verdes de plantas enfermas. Llegué a deplorar el encontrarlo acompañado, y cuando esto sucedía, me separaba con cualquier pretexto del señor de Aretal, si su acompañante no era una persona de colores claros.

Porque indefectiblemente el señor de Aretal reflejaba el espíritu de su acompañante. Un día lo encontré, ¡a él, el noble corcel!, enano y meloso. Y como en un es-

pejo, ví en la estancia a una persona enana y melosa. En efecto, allí estaba; me la presentó. Era una mujer como de cuarenta años, chata, gorda y baja. Su espíritu también era una cosa baja. Algo rastreado y humilde; pero inofensivo y deseoso de agradar. Aquella persona era el espíritu de la adulación. Y Aretal sentía en aquellos momentos una pequeña alma servil y obsesiva. ¿Qué espejo cóncavo ha hecho esta horrorosa trasmutación? me pregunté yo, horrorizado. Y de pronto todo el aire transparente de la estancia me pareció un transparente vidrio cóncavo que deformaba los objetos. ¡Qué chatas eran las sillas...! Todo invitaba a sentarse sobre ello. Aretal era un caballo de alquiler más.

Otra ocasión, y a la mesa de un bullanguero grupo que reía y bebía, Aretal fué un sér humano más, uno más del montón. Me acerqué a él y lo ví catalogado y con precio fijo. Hacía chistes y los blandía como armas defensivas. Era un caballo de circo. Todos en aquel grupo se exhibían. Otra vez fué un jayán. Se enredó en palabras ofensivas con un hombre brutal. Parecía una vendedora de verduras. Me hubiera dado asco; pero lo amaba tanto que me dió tristeza. Era un caballo que daba coces.

Y entonces, al fin, apareció en el plano físico una pregunta que hacía tiempo formulaba: ¿Cuál es el verdadero espíritu del señor de Aretal? Y la respondí pronto. El señor de Aretal, que tenía una elevada mentalidad, no tenía espíritu: era amoral. Era amoral como un caballo y se dejaba montar por cualquier espíritu. A veces, sus jinetes tenían miedo o eran mezquinos y entonces el señor de Aretal los arrojaba lejos de sí, con un soberbio bote. Aquel vacío moral de su sér se llenaba, como todos los vacíos, con facilidad. Tendía a llenarse.

Propuse el problema a la elevadísima mente de mi amigo y ésta lo aceptó en el acto. Me hizo una confesión:—Si: es cierto. Yo, a Ud. que me ama, le muestro la mejor parte de mí mismo. Le muestro a mi dios interno. Pero es doloroso decirlo, entre dos seres humanos que me rodean, yo tiendo a colorearme del color del más bajo. Huya de mí cuando esté en una mala compañía.

Sobre la base de esta percepción, me interné más en su espíritu. Me confesó un día, dolorido, que ninguna mujer lo había amado. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ninguna mujer lo podía amar, porque él no era un hombre, y la unión hubiera sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía el pudor, y era indelicado en sus relaciones con las damas como un animal. Y él:

—Pero yo las colmo de dinero.

—También se lo da una valiosa finca en arrendamiento.

Y él:

—Pero yo las acaricio con pasión.

—También las lamen las manos sus perillos de lanas.

Y él:

—Pero yo las soy fiel y generoso; yo las soy humilde; yo las soy abnegado.

—Bien; el hombre es más que eso. Pero ¿las ama usted?

—Sí, las amo.

—Pero ¿las ama usted como un hombre? No, amigo no. Usted rompe en esos delicados y divinos seres mil hilos tenues que constituyen toda una vida. Esa última ramera que le ha negado su amor y ha desdeñado su dinero, defendió su única parte inviolada: su señor interno; lo que no se vende. Usted no tiene pudor. Y ahora oiga mi profecía: una mujer lo redimirá. Usted, obsequioso y humilde hasta la bajeza con las damas; usted, orgulloso de llevar sobre sus lomos a una mujer bella, con el orgullo de la hacanea favorita; que se complace en su preciosa carga,—cuando esta

mujer bella lo ame, se redimirá: conquistará el pudor.

Y otra hora propicia a las confidencias:

—Yo no he tenido nunca un amigo. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ningún hombre le podía dar su amistad, porque él no era un hombre, y la amistad hubiese sido monstruosa. El señor de Aretal no conocía la amistad y era indelicado en sus relaciones con los hombres, como un animal. Conocía sólo el camaraderismo. Galopaba alegre y generoso en los llanos, con sus compañeros; gustaba de ir en manadas con ellos; galopaba primitivo y matinal, sintiendo arder su sangre generosa que lo incitaba a la acción, embriagándose de aire, y de verde, y de sol; pero luego se separaba indiferente de su compañero de una hora lo mismo que de su compañero de un año. El caballo, su hermano, muerto a su lado, se descomponía bajo el dombo del cielo, sin hacer asomar una lágrima a sus ojos... Y el señor de Aretal, cuando concluí de expresar el último concepto, radiante:

—Esta es la gloria de la naturaleza. La materia inmortal no muere. ¿Por qué llorar a un caballo cuando queda una rosa? ¿Por qué llorar una rosa cuando queda un ave? ¿Por qué lamentar a un amigo cuando queda un prado? Yo siento la radiante luz del sol que nos posee a todos. que nos redime a todos. Llorar es pecar contra el sol. Los hombres, cobardes, miserables y bajos, pecan contra la Naturaleza, que es Dios.

Y yo, reverente, de rodillas ante aquella hermosa alma animal, que me llenaba de la unción de Dios:

—Sí, es cierto; pero el hombre es una parte de la naturaleza; es la naturaleza evolucionada. ¡Respeto a la evolución! Hay fuerza y hay materia; ¡Respeto a las dos! Todo no es más que uno.

—Yo estoy más allá de la moral.

—Usted está más acá de la moral: usted está bajo la moral. Pero el caballo y el ángel se tocan, y por eso usted a veces me parece divino. San Francisco de Asís amaba a todos los seres y a todas las cosas, como usted; pero además, las amaba de un modo diferente; pero las amaba después del círculo, no antes del círculo como usted.

Y él entonces:

—Soy generoso con mis amigos, los cubro de oro.

—También se lo dá una valiosa finca en arrendamiento, o un pozo de petróleo, o una mina en explotación.

Y él:

—Pero yo les presto mil pequeños cuidados. Yo he sido enfermero del amigo enfermo y buen compañero de orgía del amigo sano.

Y yo:

—El hombre es más que eso: el hombre es la solidaridad. Usted ama a sus amigos, pero ¿los ama con amor humano? No: usted ofende en nosotros mil cosas impalpables. Yo, que soy el primer hombre que ha amado a usted, he sembrado los gérmenes de su redención. Ese amigo egoísta que se separó, al separarse de usted, de un bienhechor, no se sintió unido a usted por ningún lazo humano. Usted no tiene solidaridad con los hombres.

—Usted no tiene pudor con las mujeres, ni solidaridad con los hombres, ni respeto a la Ley. Usted miente, y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su mentira, aunque es por naturaleza verídico como un caballo. Usted adula y engaña y encuentra en su elevada mentalidad, excusa para su adulación y su engaño, aunque es por naturaleza noble como un caballo. Nunca he amado tanto a los caballos como al amarlos en usted. Comprendo la nobleza del caballo: es casi humano, Usted ha llevado siempre sobre el lomo una carga humana: una mujer, un amigo... ¡Qué hubiera sido de esa mujer y de ese amigo en los pasos difíciles sin usted, el noble, el fuerte, que los llevó sobre sí, con una generosidad que será su redención! El que lleva una carga más pronto hace el camino. Pero usted las ha llevado como un caballo. Fiel a su naturaleza, empieza a llevarlas como un hombre.

\*\*\*

Me separé del señor de los topacios, y a los pocos días fué el hecho final de nuestras relaciones. Sintió de pronto el señor de Aretal que mi mano era poco firme, que llegaba a él mezquino y cobarde, y su nobleza de bruto se sublevó. De un bote rápido me lanzó lejos de sí. Sentí sus cascos en mi frente. Luego un veloz galope rítmico y marcial, aventando las arenas del Desierto. Volví los ojos hacia donde estaba la Esfinge en su eterno reposo, de misterio, y ya no la ví. ¡La Esfinge era el señor de Aretal que me había revelado su secreto, que era el mismo del Centauro!

Era el señor de Aretal que se alejaba en su veloz golpe, con rostro humano y cuerpo de bestia.

Rafael Arévalo Martínez

Guatemala, octubre de 1914.

En el próximo número:  
El Trovador colombiano.

## QUIEN HABLA DE LA Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

### FABRICA:

CERVEZAS  
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS  
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES  
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

**SAN JOSE — COSTA RICA.**

VEO en el *Repertorio Americano* dos líneas que no comprendo.

Hablando de Díaz Mirón se dice: «Todavía en 1910 pronunciaba discursos en la Cámara de Diputados, poniendo su pistola sobre la tribuna.»

Hay tanta distancia entre esta afirmación y la realidad, que el autor podría acusarme de malevolencia por tomar al pie de la letra sus palabras. Pero aún como ornamento de un estilo figurado, la crudeza de la imagen es algo que no tiene semejanza con la verdad.

¿En dónde y cuándo empezó la conseja?

Son ya incontables los artículos en que se pretende hacer de Díaz Mirón uno de los grandes factores de la política antiporfiriana, y divinizar sus actos delictuosos presentándolos como manifestaciones de civismo.

El poeta, cuya memoria ganaría si en vez de elogiar sus excesos se guardara un silencio prudente, nunca fué un parlamentario enemigo del presidente Díaz. Su historia de tribuno popular empezó muy temprano y acabo en un día. Después de la administración de González, Díaz Mirón tuvo bien poca significación política. Durante una gran parte del cuarto de siglo que desempeñó el poder ininterrumpidamente D. Porfirio Díaz, si el poeta pronunció discursos en la Cámara de Diputados, sus oraciones no podían ser de oposición. ¿Hay memoria de que algún diputado abriera campaña contra sus electores? Ahora bien, los de Díaz Mirón eran invariablemente dos, y uno de ellos, el del voto decisivo, se llamaba Porfirio Díaz. No quiero discutir si cuando hablaba Víctor Hugo, temblaba Napoleón III; pero podemos afirmar que Porfirio Díaz no se aterrorizaba al recibir la meliflua carta petitoria que cada dos años le enviaba el gobernador de Veracruz, en favor del poeta, ni la insinuante súplica que más tarde le hacía el vicepresidente Corral, cuando el gobernador Dehesa y su conterráneo dejaron de ser amigos. Díaz Mirón asistía pocas veces a las sesiones, y nunca se le vió encabezando movimientos contra el supremo elector. Así pudo llegar hasta la última legislatura que formó don Porfirio Díaz.

La administración del dictador fué acremente censurada, y entre los cargos que se le hicieron figura el de la dudosa energía mostrada por el señor absoluto de Méjico, cuando Díaz Mirón, violando la ley penal, se veía sujeto a la acción de los tribunales. Todos los hombres independientes coincidían en la reprobación con que se hablaba de la indulgencia oficial. Pero lo más irritante para el público, después de los irregulares procesos, era que la patente de impunidad se reforzase con las prerrogativas del acta de diputado.

¿Cómo ver en Díaz Mirón un rebelde amenazado por «las carabinas de los pretorianos», un perseguido a quien «no se pudo asesinar porque le protegía el escudo de Minerva», una víctima de ese mismo gobierno que contra todos sus deberes, franqueaba medios para que el poeta hiciera uso de su habilísima pistola?

Se quiere que en 1911 la Revolución le quitara el grillete.

«Todavía entonces fué desaforado y encarcelado en el calabozo de donde le sacó Madero».

Imaginación. Si era calabozo, y no cómodo

## Pistolas, fusiles y consejas



Salvador Díaz Mirón

alojamiento, la habitación que ocupaba Díaz Mirón en la cárcel, y si Madero le sacó de allí, son hechos que no interesa esclarecer. Lo importante está en los antecedentes omitidos por el narrador. Olvida que en uno de los corredores del Palacio de Minería, edificio donde funcionaba entonces la cámara de diputados, se produjo un lance, sin la más remota significación política. Díaz Mirón hizo dos o tres disparos contra su colega Juan Chapital. Este diputado, que no llevaba arma de fuego ni de otra clase, pudo desviar la pistola del agresor, y salvar así la vida.

El grupo llamado de los científicos, que era como si dijéramos el gobierno, contaba a Díaz Mirón entre sus más destacados adeptos, ya que no entre sus directores. Naturalmente no podía abandonar al correligionario. Intentó, pues, todo lo posible, y hasta lo imposible, lo lícito y lo ilícito, en su favor, formulándose para tal fin un dictamen que impedía la acción de los tribunales. El público, unánimemente, protestaba, pidiendo justicia, y la cámara de diputados tuvo que ceder a las reclamaciones de la opinión independiente. Rechazado el dictamen de complacencia que presentaron los depositarios de la consigna, en quince minutos fué preciso redactar otro, dictado por el clamor general.

Si la administración de Madero encontró a Díaz Mirón en la cárcel, lo que no niego, aunque no me atrevería a asegurarlo, y si ella lo libertó, no fué porque allí le tuviera un gobierno arbitrario, sino porque el arbitrario gobierno había carecido de fuerza para consumir la imposición.

Carlos Pereyra

Madrid. Agosto de 1928.

Habla también el *Repertorio* «del porfirismo inicial, que estaba fundando la ley fuga.»

¡Dichosa ley! Don Porfirio Díaz la aplicó—en esto no hay discrepancia—pero ya era vieja como la sarna y conocida como la ruda.

¿De qué murió Manuel Rodríguez, el libertador chileno, doce años antes de que naciera Porfirio Díaz en Méjico? Según los datos oficiales, Rodríguez intentó fugarse, y los custodios que le conducían, hicieron fuego. El hecho ocurrió durante el gobierno de O'Higgins, «a quien se culpó de este crimen.» Así lo dice todo el mundo, pero tomo las palabras de una *Historia de Chile*, «escrita para uso de los Liceos, según el programa del Consejo de Instrucción Pública».

Esto no significa que San Martín y O'Higgins fueran los inventores del procedimiento de suprimir enemigos por medio de una imaginaria fuga. Cito el caso para demostrar que esta manera de hacer liquidaciones había sido ensayada en un país muy distante y en fecha muy remota, con la autorización de grandes firmas históricas.

Don Porfirio Díaz conoció las primeras mieles de la presidencia a fines de 1876. Y en la sesión de la cámara de diputados efectuada el 15 de noviembre de 1871, don Manuel M. de Zamacona dijo desde esa misma tribuna sobre cuyo mármol iba a poner Díaz Mirón su pistola cuarenta años después:

«¡Oh! Y yo estoy cierto de que esta caravana patibularia, haría temblar de espanto y de remordimiento a los mismos asesinos que nos hacen diariamente, con cierta jactancia, en el Periódico Oficial, la crónica de la Ley Fuga.»

¿Quién era entonces presidente de Méjico?

¿Quién capitaneaba a los asesinos?

Vamos a ver su nombre en un artículo que publicaba Ignacio Ramírez, el *Nigromante*, cuatro meses antes del discurso de Zamacona:

«El más despreciable de nuestros personajes es Juárez. Jamás olvidaremos que supo colonizar los cementerios.»

Ramírez, indio como Juárez, aunque de otra rama, llamaba a Juárez, «bárbaro de la Mixteca», y nunca dejaba de tocar en la tecla de la crueldad sanguinaria del Presidente:

«Vosotros, sus admiradores, no le tributéis periódicos; llevadle cráneos... Creíamos tener un Moctezuma; tenemos más: un Huitzilopochtli.»

Díaz fué continuador, después de haber sido censor, pues hablaba así en 1871:

«Los sectarios de la reelección indefinida, han conculcado la inviolabilidad de la vida humana, convirtiendo en práctica cotidiana asesinatos horribles, hasta el grado de hacer proverbial la funesta frase de ley fuga.»

Como vemos, todo era conocido: el hecho y la frase.

El discípulo nada tuvo que inventar, y la práctica admitida no ha sido abandonada.

El diputado Aurelio Manrique, uno de los dos cerebros que dirigen la marcha del obregonismo huérfano, hablaba recientemente de los presos que «se suicidan o se fugan» por altos designios de Roberto Cruz, el representante emersoniano que hace procesos con pistola, como escribe Martín Luis Guzmán, y que mata fumando, delante de una cámara fotográfica, para que su serenidad se inmortalice.

Señores:

Claudio González Rucavado era en verdad un hijo predilecto de la patria. Las disciplinas de su espíritu orientado siempre hacia el bien, la ecuanimidad de su carácter, esa probidad resplandeciente que en una profesión como la del abogado tan expuesta a las pasiones y tan mezclada a los intereses egoístas, tenía que brillar como un diamante, su amor a la juventud que le venía por herencia, así como su vocación del magisterio, el noble desinterés con que intervino en los negocios públicos, el escrúpulo, semejante al de los costarricenses de antaño, con que asumía el cargo de director de conciencias o de árbitro en los litigios que le tocaba tramitar, el ideal de elevar su profesión a la altura de un ministerio público, colocando al abogado en el pedestal que debe tener de colaborador de la justicia, la entereza de su alma cuando llegó el día de poner a prueba la fidelidad de sus convicciones y el afecto leal que profesaba a los amigos de su grupo político, la forma que parecía de seda con que trataba a sus amigos al igual de sus adversarios, todos esos atributos que en rara conjunción caracterizaban a nuestro compañero y amigo, me hicieron pensar esta mañana cuando las salvas de artillería saludaban la primera luz del amanecer en este día glorioso de Centro-América, que bien podrían interpretarse como exclamaciones de hartazgo justificado dolor y duelo de nuestra patria.

Muere Claudio a los cincuenta años y la mitad de su vida fué consagrada al servicio público y marcada por brillantísimas etapas. Figura apenas obtenido su título de abogado, en el Estado Mayor del Partido Republicano y es sabido que su consejo fué siempre tomado muy en cuenta. En 1906 lo nombraron Diputado al Congreso y durante dos períodos se dedica con laboriosidad y disciplina admirables a sus labores legislativas y políticas. No tenía entonces caudal de experiencia, pero la rectitud de su juicio, el equilibrio de su carácter se destacaban frecuentemente en las comisiones y en la tribuna y su nombre adquiere envidiable popularidad.

Dos veces fué llamado a ocupar puesto en el Gabinete del Ejecutivo, ya como elemento representativo de su partido, ya porque sus dotes de estadista conciliador eran de gran valía para la reconciliación de los bandos enemigos que en época reciente de nuestra historia estuvieron a punto de romper la paz tradicional de los costarricenses.

Fuó muy honroso en este mismo sentido que un partido, a iniciativa de su ilustre jefe el doctor Durán, propusiera una transacción a sus adversarios, cuando no se habían extinguido aún los rencores de la contienda, a condición de que se eligiera Presidente a un ciudadano que daba garantías a los unos y a los otros y que no obstante su juventud, era una promesa segura de acierto en el manejo de los negocios públicos. Ese candidato fué González Rucavado.

Con singular modestia lo vimos descender de los altos puestos en los Poderes Supremos y entregarse a su trabajo profesional, formar un bufete que llegó a tener numerosa y distinguida clientela y servir siempre a su patria desinteresadamente en el Municipio, en las Juntas de Educación, sobre todo en las escuelas desde la primaria, hasta la cátedra del Liceo y la de nuestra Facultad de Derecho, a la que llegó por riguroso ascen-



## Elogio de González Rucavado

so pudiéramos decir y cuando su apostolado de maestro y de jurisconsulto le dieron títulos sobresalientes para enaltecerla.

Alguna vez este hombre excepcional manifestó su desengaño y su deseo de retirarse de la arena política, por que en ella la intriga, la ambición, la audacia, y la fortuna ocupan demasiado el anfiteatro, y su austeridad y discreción debían buscar de preferencia el trabajo silencioso de oficina y la dulzura de su hogar modelo, pero en cambio nunca trató en abdicar los arduos deberes de la enseñanza, porque amaba a sus compañeros del magisterio y anhelaba verlos formar una agrupación que sería el cuarto Poder del Estado, así como porque no se resignaba a perder el contacto con las nuevas generaciones de estudiantes que son la piedra fundamental del porvenir de la República. No es la menos digna de señalarse para ejemplo de varones fuertes la última época de esta vida que acaba de extinguirse, el lento martirio de un mal sin remedio, la resignación de su alma templada en las doctrinas del Evangelio, la manera dulce y religiosa con que dejó que el bultre del dolor le destrozara las entrañas, sin que una sola protesta surgiera de sus labios, confortada su conciencia con la esperanza en la justicia divina que alentó hasta el postrer instante a su corazón magnánimo.

El Colegio de Abogados de la República cubre hoy con los crespones del luto sincero su edificio y comparte con la familia doliente su pena abrumadora. La Patria, ya lo dije al principio, en su día de gloria, enluta su bandera y con gesto maternal y piadoso se inclina ante la urna que guardará para siempre los despojos de este varón eminente y virtuoso que fué paladín de la cultura y de la libertad.

Alejandro Alvarado Quirós

YA ha quedado dormido para siempre en la Ciudad del Misterio y de la Transfiguración...

Era cristiano y caballero; maestro ejemplar, ciudadano de honor, amigo y consejero.

No fué un hombre-cumbre, fué algo más: una alta y nevada cumbre espiritual. Tenía mucho de angélico... Para los que tuvimos la gloria de ser sus discípulos y éramos a la vez huérfanos desde temprana edad: un padre! Por eso como a tal lo hemos llorado amargamente.

Pocas veces la patria sentirá la satisfacción de haber tenido un hijo de tal linaje: puro de corazón como un niño.

Amó la Libertad, la Justicia y el Derecho. Fué leal. Renunció a la gloria de ser el conductor de su pueblo porque anhelaba ser leal consigo mismo, con sus amigos, con su Partido y con su Patria.

«Yo considero que el Partido Republicano es un árbol caído del cual yo no debo sacar leña»: esas fueron sus palabras a quienes, en cierta oportunidad, le ofrecieron la Presidencia de la República.

Luego, cuando las combinaciones políticas me dijo: «están jugando con los destinos del país y eso nos costará muy caro». «Si acepto, sin haber recibido un solo voto en las urnas electorales y sin tener un Partido que me respalde, me expongo a que antes de seis meses me den un Golpe de Estado». «Además lo que principia mal, siempre termina mal».

Efectivamente, vino luego el Golpe de Estado.

Cómo sufrió! Le ofrecieron un Ministerio varias veces y no aceptó. «No podía, no debía, no que-

ría». «Ese ha sido un error de muchos de nuestros grandes hombres». Compadecía a Pelico; «lo han empujado otros y después lo dejarán solo». Así ocurrió. A la vez confiaba en el destino providencial y en la buena fortuna de nuestro país. Tenía, como se ve, muy desarrollado el sentido de la adivinación; es que era puro de alma y limpio de todo encono y de toda maldad.

Pasó el tiempo, y un día, al finalizar la Administración de don Julio Acosta, recibió una visita: la del Presidente Esquivel. «Don Claudio, piénselo bien, si Ud. acepta la candidatura, yo seré su partidario». «De ninguna manera, don Ascensión; estoy apartado de la política; agradezco mucho el honor que Ud. me hace, pero no acepto». «Entonces—dijo don Ascensión—tendré que aceptarla yo». Al alejarse el Presidente Esquivel agregó don Claudio: «Don Ascensión, don Ricardo, don Cleto y don Pedro Pérez Zeledón son los cuatro pilares de nuestro Foro».

Así era don Claudio: sencillo, sereno en sus juicios, firme en sus resoluciones y puro en todos los momentos de su vida.

Tenía una fe grande en su Religión, en la Patria y en el triunfo del Bien. Guardaba culto supremo por el hogar que para él tomaba siempre la forma de una verdadera religión.

La luz de su bondad infinita y de su virtud, como la de un meteoro, no podrá extinguirla el tiempo; apenas podrá transfigurarla en otras mágicas y brillantes fulguraciones.

Su nombre quedará fundido en el fuego que arde eternamente en el altar de la Patria y en nuestros corazones.

Luz diamantina,—como de aurora,—su alma, toda amor, toda bondad, toda sencillez, toda fe, toda santidad.

Efectivamente «mueren jóvenes los amados de los Dioses».

J. J. Salas Pérez

15 de setiembre de 1928.



HE aquí que Federico García Lorca ha publicado, ¡al fin!, sus *Romances gitanos*. Un tomito de 140 páginas, diez y ocho romances, poco más de mil versos y... Sus amigos, ya hace tiempo lo sabíamos; pero ahora ya todos los demás podrán también saberlo, y tanto peor para ellos si no se enteran: España tiene de nuevo un gran poeta, el poeta que le faltaba desde que Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez enmudecieran.

Y, más aún y más raro que un gran poeta, un poeta *puro*. He aquí, al fin, poesía en lugar de versos. Y la poesía más auténtica y más nueva y más libre que puede imaginarse, subrayadas aún la novedad y la libertad por este cauce arcaico y rígido del romance; metro y forma singularmente falaces, que si por su ancestral seducción rítmica consiguen hacer acepta al oído, ya que no al espíritu, mucha poesía trillada, aumentan, en cambio, las dificultades de renovación y *personalización*, hasta hacerlas casi parecer imposibles. Pero al verdadero poeta nada hay imposible, y así, de la forma poética más manida y popular y anónima Federico García Lorca ha logrado forjarse el instrumento de expresión lírica más personal y singular que haya aparecido en castellano desde la gran reforma de Darío.

Es difícil definir y precisar el contenido de toda verdadera poesía, ya que su esencia más íntima, su genuino secreto, su condición más primordial y entrañable, es precisamente ese elemento ambiguo y vago y misterioso, irreductible a palabras, realmente *inefable*, inaprehensible, huidizo, que escapa a toda operación del raciocinio y, fuera de toda preceptiva, se entrega a la sola intuición. Este elemento de misterio, de inefabilidad, es inseparable de toda poesía pura (el primitivo concepto, en fin de cuentas, del *vates*). Y los poetas de la nueva lírica lo han comprendido perfectamente cuando han pretendido libertarla, al par que de todas las ataduras de la forma, de todas las trabas de la lógica, hacinando tinieblas y jergolíficos; pero, ¡ay!, que no es Esfinge el que quiere, ni hay que confundir el enigma con los acertijos y charadas de la mesa revuelta. Para producir esta sensación de misterio inherente a la verdadera poesía no bastan los esfuerzos del ingenio, por extremado que este sea, y sólo el *sentimiento* del poeta genuino será capaz de infundirlo y suscitarlo.

Así, es sumamente arduo hablar de esta poesía de Federico García Lorca; en primer lugar, por ser lo mejor de ella, como de toda verdadera poesía, esa sensación última, total, de indefinible, de misterio, de mundo instintivo e inconcreto; ese mismo mundo

## Los Romances gitanos de Federico García Lorca



García Lorca,

por M. Angeles Ortiz

a la vez cristalino y nebuloso a que nos transporta la música. En segundo lugar, porque pocas poesías encontraremos tan ricas y multiformes y vitales, todo ello no obstante su parvedad, y aquí tenemos ya, en el umbral de su análisis, una de las virtudes supremas de esta poesía de los *Romances gitanos*: una maravillosa concisión, la poesía menos discursiva y más concentrada de cuantas puedan hallarse, una gran abundancia interior, pero un laconismo externo incomparable: una verdadera cristalización lírica, en suma. Emparejada con ésta, otra virtud esencial de gran poesía: una perfecta arbitrariedad, la arbitrariedad ultrarreal de una verdadera imaginación poética. Y vificándola íntegramente un latido constante de cosa viva, de materia diríase que en candencia, en continua fusión y plasticidad, en perenne transformación y metamorfosis. En este sentido, ningún molde menos inflexible que el de estos *Romances gitanos*, que viven en un perpetuo desdoblamiento, sin más pauta que la de la de la libre fantasía, ni poesía más calidoscópica que ésta. Las imágenes más variadas y aun encontradas se suceden vertiginosamente: todos los elementos poéticos hasta ahora disociados se asocian aquí, y se alternan o funden con una arbitrariedad de gracia infalible. Muy antigua y muy moderna, sin proponerse ni una cosa ni otra, no sé de poesía, dentro de su concisión, más diversa, ni de horizonte con más ecos y en que hablen más voces. A la vez popular y erudita (con una utilización de los motivos populares en la que convenirá detenerse), de acento a la vez

modernísimo y arcaico, tan pronto trágica, como lírica, como humorística, y esencialmente dramática en todo momento; ella nos ofrece todos los registros, desde el plástico en toda su gama al puramente musical. Como creador de imágenes y capacidad para expresar en metáfora la sensación y el sentimiento de las cosas, puede asegurarse que no tiene más par, y éste en prosa—aunque en esa prosa *pura*, gemela de la pura poesía y que es como la poesía de la prosa—, que Gabriel Miró.

El procedimiento empleado es, por por otra parte, análogo, consistente en la trasposición del sensorio: las sensaciones de un sentido expresadas por el verbalismo de otro y las puramente psíquicas o inmateriales trasladadas a la pauta sensorial. Puestos a citar, se querría citar los diez y ocho romances en entero, y la elección se hace escabrosa; pero he aquí, no obstante, algunos ejemplos, que seguramente bastarán a suscitar la apetencia del lector.

Véase, por ejemplo, como modelo de imagen concreta, en la que se han hecho plástica todas las sugerencias dramáticas del momento, y repárese especialmente en la admirable trasposición de los dos primeros versos:

El jinete se acercaba  
tocando el tambor del llano.  
Dentro de la fragua el niño  
tiene los ojos cerrados.  
Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
Las cabezas levantadas  
y los ojos entornados.

Véase otro ejemplo magnífico de trasposición sensorial:

Las piquetas de los gallos  
cavan buscando la aurora...

De sensación compuesta, plasmada también en imagen compuesta, visual y táctil (es de noche y junto al río):

Sus muslos se me escapaban  
como peces sorprendidos;  
la mitad llenos de lumbre,  
la mitad llenos de frío...

Como ejemplo de imagen infantil y popular, magnífica de expresividad y de evocación, en el romance *Reyerta*:

El toro de la reyerta  
se sube por las paredes...

o bien, en un pasaje humorístico:

La virgen cura a los niños  
con salivilla de estrella...

Y mejor aún, como reminiscencia de los limbos infantiles, y repentinamente usadas al modo musical, en el *Romance sonámbulo*, al final, cuando después de la evocación dramática del

herido y de sus perseguidores y de la mujer que lo esperó en vano, viene el estribillo melódico:

Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas,

cómo, suscitadas por el verde y el viento y las frondas, prorrumpen y dan cima al romance estas dos imágenes pueriles e inconexas:

¡El barco sobre la mar,  
y el caballo en la montaña!

Adviértase ahora la grandeza primitiva, el horizonte de epopeya que tienen versos como éstos:

La noche busca llanuras  
porque quiere arrodillarse...

o bien:

Sus ojos en las umbrías  
se empañan de inmensa noche.

Y entre los versos *arbitrarios* y modernos, en que se reconoce la *nueva poesía* (que cuando es de esta calidad va de la mano de la de todos los tiempos), pueden saborearse:

La tarde, loca de higueras  
y de rumores calientes,  
cae desmayada en los muslos  
heridos de los jinetes.

Y de contemplación cubista diríase:

Fachadas de cal ponían  
cuadrada y blanca la noche.

O bien, materializando la sensación del viento, al que en otro verso admirable se le llama «Sátiro de estrellas bajas»:

Precioso tira el pandero  
y corre sin detenerse.  
El viento-hombrón la persigue  
con una espada caliente.

O concretando la contemplación de unos guardias civiles que cruzan la noche:

El cielo se les antoja  
una vitrina de espuelas.

Y no hay que decir que esta arbitrariedad es sólo aparente, y en realidad la imagen o la palabra, «arbitrariamente» lanzada, no hace sino caracterizar, por decirlo así, la anécdota; tal, por ejemplo, cuando al comienzo del romance de *Thamar y Amnón* se dice:

La luna gira en el cielo  
sobre las tierras sin agua,  
mientras el verano siembra  
rumores de tigre y llama...

en que todo concurre a la sensación general del poema; pero nada mejor que ese *tigre*, que califica ya en el umbral el drama ferino del estupro y el incesto.

Los versos de puro misterio, sin orden ni explicación lógica, cuya sugestión poética se halla confiada precisamente a este efecto espectral, abundan,

y no entre los menos eficaces. Véase todo el romance del *Emplazado*, y préstese el oído a versos como éstos:

... y un horizonte de perros  
ladra muy lejos del río...

Un vuelo de gritos largos  
se levantó en las veletas...

Y el cielo daba portazos  
al brusco rumor del bosque,  
mientras clamaban las luces  
en los altos corredores...

Pero los mejores momentos de esta vena arbitraria son quizá aquellos de puro canto, de arrebató lírico, en que el poeta se encara directamente con las cosas y se deja arrastrar por la sugestión melódica, al compás de viejos estribillos populares. Tal, por ejemplo, en ese extraordinario *Romance de la Guardia civil*, cuando, evocando la ciudad de los gitanos, canta:

¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.  
Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa  
en la noche platinoche,  
noche que noche nochera...

Pero ¿a qué seguir citando? El libro entero pasaría. Y aun hay que decir bastante de él y aspectos nuevos que examinar, como el de su gitanismo, que nos ofrece en cifra, junto a otras figuras secundarias, la ya inmortal silueta de Antoñito el Camborio...

...Pero ninguna cita aislada podría hacer justicia a los *romances gitanos* de Federico García Lorca, en los que todas las voces y todos los elementos se hallan tan íntimamente tramados. Como, al fin y al cabo, cumple en una obra dramática. Pues cada uno de estos romances (como todo verdadero romance, por otra parte) es un drama en compendio, donde todo vive, alienta y se corresponde, y en el que hasta las cosas aparentemente inanimadas participan de la acción. Véase, por ejemplo:

La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,  
eriza sus pitas agrias,  
y el monte, gato parduño,

Este dramatismo integral, que palpita en todos los romances de García Lorca, con un matizado diversísimo, que llega de la nota más trágica a la más humorística, es una de las virtudes mayores de su poesía, y de las que más contribuyen a colocarla al margen de toda nuestra producción

contemporánea, por regla general tan desjugada de emoción y de trazo tan intelectualista. Por fortuna, hemos aquí frente a una auténtica sensibilidad poética, que no ha menester de esfuerzo para aparecer emocionada, y a la que basta el abandonarse al capricho de su inspiración creadora.

Pero, aparte de sus valores propiamente líricos (los esenciales, en fin de cuentas, en toda poesía), la novedad literaria capital de estos romances nos la ofrece su interpretación del gitanismo, tema que, hasta ahora, sirviera accidentalmente de motivos decorativos a muchos poetas; pero que nunca antes de García Lorca fuera enfrentado íntegramente. Requeríase, sin duda, para ello, el ser andaluz, y más aún, granadino, con ese mismo paisaje hermanador en torno, y la mocedad, seguramente indispensable para la adivinación de una raza que diríase vive en perpetua adolescencia, ni niño ni hombre...

Adviértese en todo el libro de García Lorca la contemplación acendrada y un profundo amor, único instrumento capaz de lograr estos milagros de intuición, y de cantar así:

¡Oh pena de los gitanos!  
Pena limpia y siempre sola.  
¡Oh pena de cauce oculto  
y madrugada remota!

Pero, en fin, conseguida de un modo u otro, el caso es que toda la trágico-comedia gitana, en lo que tiene de más esencial y más puro, despojada de su anecdotario de feria, se encierra en estas páginas. Toda el alma gitana, con su dramático garbo, su lirismo, su marchosidad, sus supersticiones y su misterio canta aquí con voz abrasada. Véase, por ejemplo, con su pasmosa diversidad de timbres, esa incomparable fantasía de gitanismo que es el *Romance de la Guardia civil*, donde se finge el ataque de la *benemérita*, la obsesión y el ángel malo del buen gitano, a una quimérica *ciudad de los gitanos*...

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera...

Pero, aunque pasan por el libro varias figuras concretas de gitanos, ninguna encarna esta tragicomedia gitana como la ya la inolvidable de Antoñito el Camborio, por obra y gracia de Federico García Lorca, ya incorporado al santoral de los héroes de poesía. Y tan bello y total, dentro de su brevedad, es este romance del *Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla*, que no resisto a la tentación de citarlo íntegro, a fin

de que el lector tenga siquiera un ejemplo completo de esta poesía nueva de García Lorca:

Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre  
va a Sevilla a ver los toros.  
Moreno de verde luna  
anda despacio y garboso.  
Sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos,  
A la mitad del camino  
cortó limones redondos,  
y los fué tirando al agua  
hasta que la puso de oro.  
Y a la mitad del camino,  
bajo las ramas de un olmo,  
guardia civil caminera  
lo llevó codo con codo.

El día se va despacio,  
la tarde colgada a un hombro,  
dando una larga torera  
sobre el mar y los arroyos.  
Las aceitunas aguardan  
la noche de Capricornio,  
y una casta brisa, ecuestre,  
salta los montes de plomo.  
Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
viene sin vara de mimbre  
entre los cinco tricornos.

Antonio, ¿quién eres tú?  
Si te llamas Camborio,  
hubieras hecho una fuente  
de sangre, con cinco chorros.  
Ni tú eres hijo de nadie,  
ni legítimo Camborio.  
¡Se acabaron los gitanos  
que iban por el monte solos!  
Están los viejos cuchillos,  
tiritando bajo el polvo.

A las nueve de la noche  
lo llevan al calabozo,  
mientras los guardias civiles  
beben limonada todos.  
Y a las nueve de la noche  
le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro.

Sin duda no hace falta subrayar las numerosas bellezas y aciertos que se contienen en esos pocos versos: su incomparable concisión, la justedad de las imágenes, el movimiento dramático, que de la estampa primera, de presentación del gitano, con su acto de belleza gratuita (los limones de oro sobre el agua), característica de la raza, pasando por la segunda estampa, ya más cercana, después de una admirable metáfora tauromáquica y otra de caballista (dos nuevas pinceladas de gitanismo esencial) se abre, de pronto, con tal fuerza y majestad dramática, en el apóstrofe admirable, para rematar, por último, tras la pincelada humorística («mientras los guardias civiles—beben limonada todos»), en una postrera imagen de gitanismo montés.

Y casi más admirable es el romance siguiente, el segundo y último de Antoñito el Camborio, en que se narra su muerte, a manos de sus cuatro pri-

mos, con versos tan extraordinarios de intensidad expresiva como:

Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.

Y, cuando el autor, personificándose en el drama, alza la voz y le dice:

Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil,  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?

Y el moribundo le contesta, denunciando a los cuatro primos Heredias, hijos de Benamejí, y explica:

Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.

Y el autor clama:

«¡Ay Antoñito el Camborio,  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir».

Y el agonizante, pensando, como todo buen gitano que así muere, en la justa venganza, le pide:

«¡Ay Federico García!,  
llama a la Guardia civil,  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz».

Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir...

Y es de observar en todos estos romances cómo, con un arte verdaderamente dedáleo, el autor se desdobra de continuo, tan pronto cantando y sintiendo desde dentro en gitano, como actor del drama, tan pronto pintando y viendo desde afuera, como espectador. Un ejemplo lo hará más claro; sintiendo como actor:

Sangre resbalada gime  
muda canción de serpiente...  
Angeles negros traían  
pañuelos y agua de nieve.

E, inmediatamente, comentando ya como espectador, y con el consiguiente humorismo:

Angeles con grandes alas  
de navajas de Albacete.

Aún podría decirse mucho más de estos romances gitanos. En obras de esta novedad e importancia, los aspectos son múltiples y no se agotan en un par de artículos de periódico. En todo caso, los poetas de la nueva

generación están particularmente de enhorabuena: ya tienen una gran figura auténtica a la que confiar la enseña, y lo que aún vale más: un maestro legítimo que seguir y con el que desaprender los volatines y cubileteos que se iban ya acostumbrando a confundir con la poesía. Pero con ellos, y más anchamente, está también de enhorabuena la literatura española, que cuenta ya con un gran poeta más, capaz de compensar por sí solo la carestía de toda una época.

Ricardo Baeza

(El Sol. Madrid)

## Nuestro concurso

Llegó el 15 de setiembre y cerramos el concurso ideológico que para esta fecha habíamos abierto. Con estos frutos: concurrieron 15 interesados, de los cuales 5 son del exterior. Llegaron en este orden: *Ursus, Eida, Hacia el Ande, A. N. F., Thais, El curioso impertinente, Cóndor, Vespuccio, Paladín del Monte Azul, P. C., Atalaya de los Andes, Américo Latino, Latino Americano, Gonormar y J. J. C.*

Hemos nombrado para el examen de los trabajos a don Julio Acosta, Lic. don Alejandro Alvarado Quirós y don Omar Dengo. Lo que acuerde este excelente Tribunal lo avisaremos en breve.

Rep. Am.

## Tres libros del gran escritor colombiano Luis López de Mesa que le conviene adquirir

*La tragedia de Nilse.* (Novela)..... 5.00  
*Iola*..... 5.00  
*El libro de los Apólogos*..... 3.00

### Más libros, a cual mejor:

Federico García Lorca: *Romancero gitano*..... 2.25  
J. Ruskin: *El rey del río de oro*..... 2.00

Y estos, del pensador argentino Carlos Octavio Bunge:

*La Educación.* 3 tomos..... 10.00  
*Estudios filosóficos*..... 5.00  
*El Derecho*..... 8.75

A todos y especialmente a los COLOMBIANOS, interesa suscribirse a la revista gráfica

## Tierra Latina

que se publica semanalmente en Bucaramanga, capital de Santander.

*Repertorio Americano* suministrará condiciones y copias de muestras.

Dos ediciones extraordinarias a todo lujo en julio y diciembre. — Año, \$ 5. Copia, \$ 0.12.

# Página lírica

de Federico García Lorca

= De *Primer Romancero Gitano*. 1924-1927. *Revista de Occidente*. Madrid. =

## Preciosa y el aire

A *Dámaso Alonso*

Su luna de pergamino  
Preciosa tocando viene,  
por un anfibio sendero  
de cristales y laureles.  
El silencio sin estrellas,  
huyendo del sonsonete,  
cae donde el mar bate y canta  
su noche llena de peces.  
En los picos de la sierra  
los carabineros duermen  
guardando las blancas torres  
donde viven los ingleses.

Y los gitanos del agua  
levantan por distraerse,  
glorietas de caracolas  
y ramas de pino verde.

\*\*\*

Su luna de pergamino  
Preciosa tocando viene.  
Al verla se ha levantado  
el viento, que nunca duerme.  
San Cristóbalón desnudo,  
lleno de lenguas celestes,  
mira a la niña tocando  
una dulce gaita ausente.

Niña, deja que levante  
tu vestido para verte.  
Abre en mis dedos antiguos  
la rosa azul de tu vientre.

Preciosa tira el pandero  
y corre sin detenerse.  
El viento-hombrón la persigue  
con una espada caliente.

Frunce su rumor el mar.  
Los olivos palidecen.  
Cantan las flautas de umbría  
y el liso gong de la nieve.

¡Preciosa, corre, Preciosa,  
que te coge el viento verde!  
¡Preciosa, corre, Preciosa!  
¡Míralo por dónde viene.  
Sátiro de estrellas bajas  
con sus lenguas relucientes.

\*\*\*

Preciosa, llena de miedo,  
entra en la casa que tiene  
más arriba de los pinos,  
el cónsul de los ingleses.

Asustados por los gritos  
tres carabineros vienen,  
sus negras capas ceñidas  
y los gorros en las sienas.

El inglés da a la gitana  
un vaso de tibia leche,  
y una copa de ginebra  
que Preciosa no se bebe.

Y mientras cuenta, llorando,  
su aventura a aquella gente,  
en las tejas de pizarra  
el viento, furioso, muere.

## La monja gitana

A *Jose Moreno Villa*

Silencio de cal y mirto.  
Malvas en las hierbas finas.  
La monja borda alhelíes  
sobre una tela pajiza.  
Vuelan en la araña gris,  
siete pájaros del prisma.  
La iglesia gruñe a lo lejos

como un oso panza arriba.  
¡Qué bien borda! ¡Con qué gracia!  
Sobre la tela pajiza,  
ella quisiera bordar  
flores de su fantasía.  
¡Qué girasol! ¡Qué magnolia  
de lentejuelas y cintas!  
¡Qué azafranes y qué lunas,  
en el mantel de la misa!  
Cinco toronjas se endulzan  
en la cercana cocina.  
Las cinco llagas de Cristo  
cortadas en Almería.  
Por los ojos de la monja  
galopan dos caballistas.  
Un rumor último y sordo  
le despega la camisa,  
y al mirar nubes y montes  
en las yertas lejanías,  
se quiebra su corazón  
de azúcar y yerbaluisa.  
¡Oh!, qué llanura empinada  
con veinte soles arriba.  
¡Qué ríos puestos de pie  
vislumbra su fantasía!  
Pero sigue con sus flores,  
mientras que de pie, en la brisa,  
la luz juega el ajedrez  
alto de la celosía.

## La casada infiel

A *Lydia Cabrera y a su negrita*

Y que yo me la llevé al río  
creyendo que era mozueta,  
pero tenía marido.  
Fué la noche de Santiago  
y casi por compromiso.  
Se apagaron los faroles  
y se encendieron los grillos.  
En las últimas esquinas  
toqué sus pechos dormidos,  
y se me abrieron de pronto  
como ramos de jacintos.  
El almidón de su enagua  
me sonaba en el oído,  
como una pieza de seda  
rasgada por diez cuchillos.  
Sin luz de plata en sus copas  
los árboles han crecido  
y un horizonte de perros  
ladra muy lejos del río.

\*\*\*

Pasadas las zarzadoras,  
los juncos y los espinos,  
bajo su mata de pelo  
hice un hoyo sobre el limo.  
Yo me quité la corbata.  
Ella se quitó el vestido.  
Yo el cinturón con revólver.  
Ella sus cuatro corpiños.  
Ni nardos ni caracolas  
tienen el cutis tan fino,  
ni los cristales con luna  
relumbran con ese brillo.  
Sus muslos se me escapaban  
como peces sorprendidos,  
la mitad llenos de lumbre,  
la mitad llenos de frío.  
Aquella noche corrí  
el mejor de los caminos,  
montado en potra de nácar  
sin bridas y sin estribos.  
No quiero decir, por hombre,  
las cosas que ella me dijo.  
La luz del entendimiento  
me hace ser muy comedido.  
Sucia de besos y arena  
yo me la llevé del río.  
Con el aire se batían  
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.  
Como un gitano legítimo.  
La regalé un costurero  
grande de raso pajizo,  
y no quise enamorarme  
porque teniendo marido  
me dijo que era mozueta  
cuando la llevaba al río.

## Romance de la pena negra

A *José Navarro Pardo*

Las plquetas de los gallos  
cavan buscando la aurora,  
cuando por el monte oscuro  
baja Soledad Montoya.  
Cobre amarillo, su carne,  
huele a caballo y a sombra.  
Yunque ahumados sus pechos,  
gimen canciones redondas.  
Soledad: ¿por quién preguntas  
sin compañía y a estas horas?  
Pregunte por quien pregunte,  
dime: ¿a ti qué se te importa?  
Vengo a buscar lo que busco,  
mi alegría y mi persona.  
Soledad de mis pesares,  
caballo que se desboca,  
al fin encuentra la mar  
y se lo tragan las olas.  
No me recuerdes el mar  
que la pena negra, brota  
en las tierras de aceituna  
bajo el rumor de las hojas.  
¡Soledad, qué pena tienes!  
¡Qué pena tan lastimosa!  
Lloras zumo de limón  
agrio de espera y de boca.  
¡Qué pena tan grande! Corro  
mi casa como una loca,  
mis dos trenzas por el suelo  
de la cocina a la alcoba.  
¡Qué pena! Me estoy poniendo  
de azabache, carne y ropa.  
¡Ay mis camisas de hilo!  
¡Ay mis muslos de amapola!  
Soledad: lava tu cuerpo  
con agua de las alondras,  
y deja tu corazón  
en paz, Soledad Montoya.

\*\*\*

Por abajo canta el río:  
volante de cielo y hojas.  
Con flores de calabaza,  
la nueva luz se corona.  
¡Oh pena de los gitanos!  
Pena limpia y siempre sola.  
¡Oh pena de cauce oculto  
y madrugada remota!

## Muerte de Antoñito el Camborio

A *José Antonio Rubio Sacristán*

Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Voces antiguas que cercan  
voz de clavel varonil.  
Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.  
Cuando las estrellas clavan  
rejones al agua gris,  
cuando los erales sueñan  
verónicas de alhelí,  
voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.

\*\*\*

Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,

voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?  
Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
¡Ay Antoñito el Camborio  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
¡Ay Federico García!  
llama a la Guardia civil.  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.

\*\*\*

Tres golpes de sangre tuvo,  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso pone  
su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejí,  
voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir.

### Romance de la Guardia civil española

A Juan Guerrero.  
Cónsul general de la poesía.

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.

\*\*\*

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle  
con las torres de canela.

\*\*\*

Cuando llegaba la noche  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido,  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento, vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche  
noche, que noche nochera.

\*\*\*

La Virgen y San José  
perdieron sus castañuelas,  
y buscan a los gitanos  
para ver si las encuentran.  
La virgen viene vestida  
con un traje de alcaldesa  
de papel de chocolate  
con los collares de almendras.

San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna, soñaba  
un éxtasis de cigüeña.  
Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
por Jerez de la Frontera.

\*\*\*

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
Apaga tus verdes luces  
que viene la benemérita.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar  
sin peines para sus crenchas.

\*\*\*

Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas,  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo, se les antoja,  
una vitrina de espuelas.

\*\*\*

La ciudad libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de noviembre  
para no infundir sospechas.  
Un vuelo de gritos largos  
se levantó en las veletas.  
Los sables cortan las brisas  
que los cascos atropellan.  
Por las calles de penumbra,  
huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las horzas de moneda.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras,  
dejando detrás fugaces  
remolinos de tijeras.

En el Portal de Belén,  
los gitanos se congregan,  
San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.  
Tercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.  
La Virgen cura a los niños  
con salivilla de estrella.  
Pero la Guardia civil  
avanza sembrando hogueras.  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.  
Rosa la de los Camborios,  
gime sentada en su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrían  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.  
Cuando todos los tejados  
eran surcos en la tierra,  
el alba meció sus hombros  
en largo perfil de piedra.

\*\*\*

¡Oh ciudad de los gitanos!  
La Guardia Civil se aleja  
por un túnel de silencio  
mientras las llamas te cercan.

¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Que te busquen en mi frente.  
Juego de luna y arena.

### Burla de D. Pedro a caballo

Romance con Lagunas

A Jean Cassou

Por una vereda  
venía Don Pedro.  
¡Ay cómo lloraba  
el caballero!  
Montado en un ágil  
caballo sin freno,  
venía en la busca  
del pan y del beso.  
Todas las ventanas  
preguntan al viento,  
por el llanto oscuro  
del caballero.

PRIMERA LAGUNA

Bajo el agua  
siguen las palabras.  
Sobre el agua  
una luna redonda  
se baña,  
dando envidia a la otra  
¡tan alta!  
En la orilla,  
un niño,  
ve las lunas y dice:  
¡Noche; toca los platillos!

SIGUE

A una ciudad lejana  
ha llegado Don Pedro.  
Una ciudad lejana  
entre un bosque de cedros.  
¿Es Belén? Por el aire  
yerbaluís y romero.  
Brillan las azoteas  
y las nubes. Don Pedro  
pasa por arcos rotos.  
Dos mujeres y un viejo  
con velones de plata  
le salen al encuentro.  
Los chopos dicen: No.  
Y el ruiseñor: Veremos.

SEGUNDA LAGUNA

Bajo el agua  
siguen las palabras.  
Sobre el peinado del agua  
un círculo de pájaros y llamas.  
Y por los cañaverales,  
testigos que conocen lo que falta.  
Sueño concreto y sin norte  
de madera de guitarra.

SIGUE

Por el camino llano  
dos mujeres y un viejo  
con velones de plata  
van al cementerio.  
Entre los azafranes  
han encontrado muerto  
el sombrío caballo  
de Don Pedro.  
Voz secreta de tarde  
balaba por el cielo.  
Unicornio de ausencia  
rompe en cristal su cuerno.  
La gran ciudad lejana  
está ardiendo  
y un hombre va llorando  
tierras adentro.  
Al Norte hay una estrella.  
Al Sur un marinero.

ÚLTIMA LAGUNA

Bajo el agua  
están las palabras  
Limo de voces perdidas.  
Sobre la flor enfriada,  
está Don Pedro olvidado  
¡ay! jugando con las ranas.

## Nueva quimera

Por

C. Picado T.

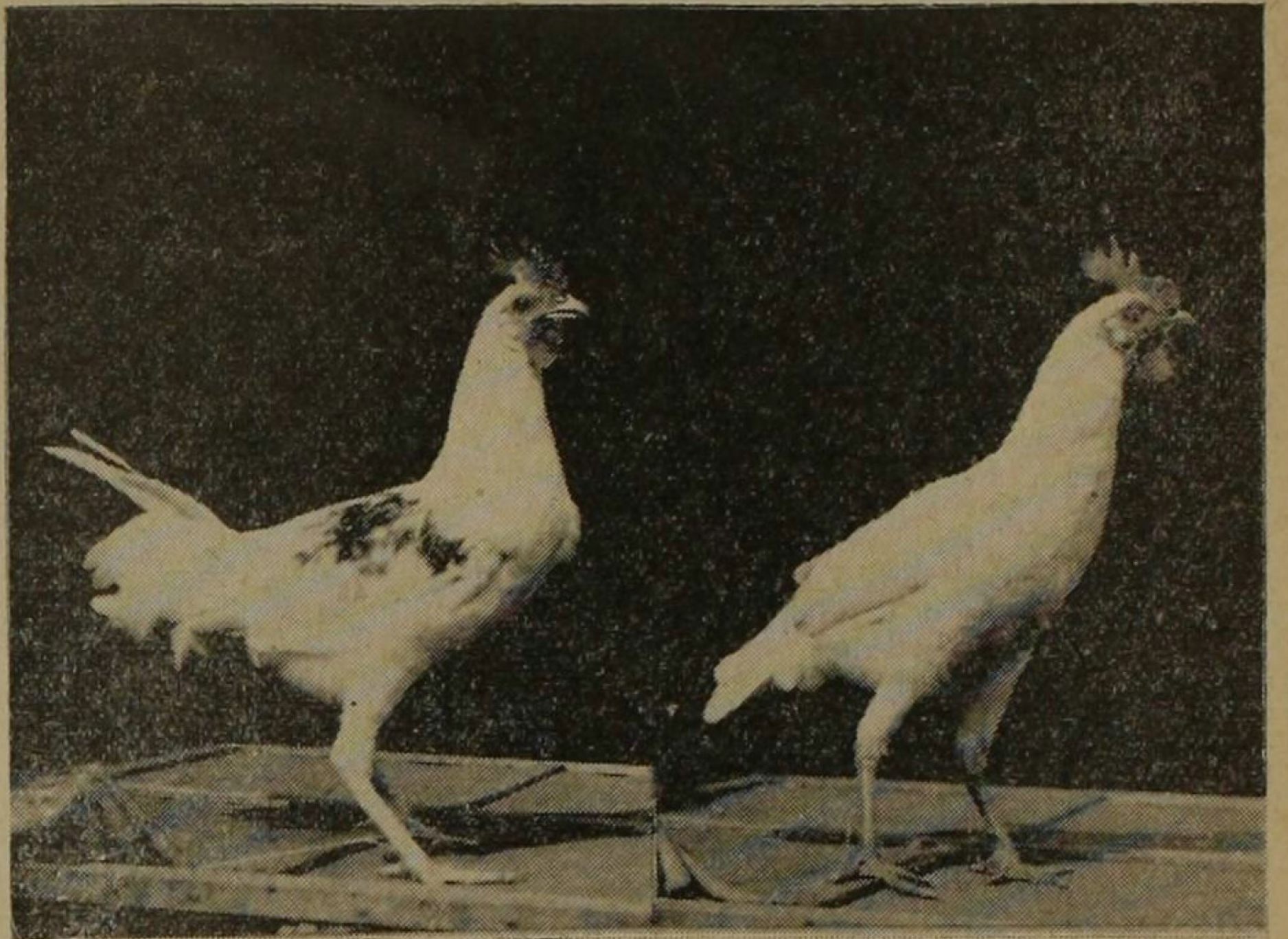
UN gallo castrado, junto con los instintos sexuales pierde el canto; cresta y barbas se atrofian, pero el plumaje brillante, en vez de desmerecer, mejora. Los gallos de raza *sebright* tienen plumaje semejante al de la hembra, pero el capón adquiere vestidura semejante a la de los gallos de razas con dimorfismo sexual neto.

Una gallina a la que se extirpa el ovario conserva cresta y barbas como hembra pero adquiere plumaje y espolones como el gallo.

Si a un gallo castrado se injertan ovarios, toma plumaje de gallina, guardando cresta y barbas reducidas, pero, si al animal castrado se injertan a la vez ovario y testículo, se obtiene un ave con plumaje de gallina y cabeza de gallo. Desde 1914 a nuestros días, varios experimentadores han logrado obtener algunos de estos ejemplares, verdaderos hermafroditas quirúrgicos, pero las dificultades técnicas han permitido solamente la supervivencia de un número escasísimo de ellos.

Publicamos nosotros hoy las fotografías de dos pollos de seis meses de edad. El de la izquierda recibió siempre inyecciones de suero de gallo y su porte de macho se «afinó». El de la derecha, macho típico por su canto, combatividad e instintos sexuales, carece de toda traza de afeminamiento pero, SALVO SU CABEZA VIGOROSA, con cresta y barbas bien desarrolladas, lo mismo que las plumas del cuello: «golilla», TODO SU PLUMAJE ES TÍPICO DE GALLINA.

Vemos aquí cómo la influencia hormonal del suero de hembra, se manifestó frenando la aparición de algunos caracteres sexuales secundarios, pero siendo incapaz de dominarlos todos. El resultado es una «quimera» que



Pollos machos de 6 meses de edad

El de la izquierda se inyecta con suero de gallo.  
El de la derecha con suero de gallina.

parece la soldadura absurda de un cuello y cabeza de gallo, (con psicología de macho), a un cuerpo de gallina.

Estas modificaciones producidas por inyección de suero homólogo, no conocidas antes de nuestras experiencias, nos hacen presumir que así se podrá, por inyecciones de suero de macho o de hembra, a los padres, en tiempos oportunos, influir sobre la predeterminación del sexo de los hijos. Escollo ante el cual toda tentativa se ha ido a pique. El futuro dirá si esto es también otra quimera.

(Trabajo del Laboratorio del Hospital)  
San José, Costa Rica. Setiembre de 1928.

### MEDITACIONES BREVES

## En la subconciencia

«Qué viejo soy!»—clama Rubén en uno de sus poemas. Y en efecto, ¡qué viejos somos! viejos como el mundo. Para que recibieran nuestros ojos la luz de este siglo, ha sido menester que fuéramos engendrados por nuestros padres, y éstos por sus abuelos, y los bisabuelos por los tatarabuelos. ¿Cuántas generaciones? Todas. Unas antes de las otras en línea no interrumpida hasta internarse en el misterio de la aparición del hombre sobre la tierra. La célula vital de que somos portadores ha peregrinado, por consiguiente, al través de millones de antepasados durante siglos y milenios incontables.

Anaximandro lo expresó hace mucho tiempo, cuando la Grecia empezaba a acuñar su filosofía: «la semilla del rosal esconde la gloria de la rosa». Los biólogos modernos lo repiten en su lenguaje desnudo de símbolos: en la célula vital está predeterminada toda la estructura del sér, y, como al mismo tiempo creemos que la especie es capaz de evoluciones, resulta natural inferir que esa célula lleva impresa en sí misma la huella de su paso por los siglos. Nada sabemos del hijo del troglodita; pero no es ilógico suponer que fuera en peso, tamaño y en fuerza muscular muy distinto al nene que hoy lanza su primer vagido en la maternidad de un hospital o en la alcoba de una archi-millonaria.

¿Y no ocurrirá otro tanto con nuestra estructura psíquica? ¿Dónde y cómo se han conservado las huellas de las experiencias de nuestros infinitos antepasados? Si constatamos que en este minuto de vida, nuestras luchas, amores y reflexiones están modificando nuestros contenidos anímicos ¿no es perfectamente justificado suponer que así mismo moldearon la psiquis de todos los hombres que nos precedieron?

Está de moda hoy hablar de lo inconsciente; mas, reconociendo que el aporte de Freud ha sido decisivo para orientar al investigador hacia esas regiones inmensas y extraordinarias que se extienden más allá de la conciencia, la interpretación que nos da de ella, no me satisface.

Yo no creo que la transconciencia sea sólo la guarida del dragón. Sin duda que el *libido* allí se esconde y allí devora como en los tiempos mitológicos, los mancebos y las doncellas de nuestros más altos ensueños; pero no está solo. Junto con él palpita la experiencia humana de los siglos. Reconoce la ciencia que el hombre es capaz de intuiciones (gran parte de la filosofía de Bergson tiende a probarnos la superioridad de la intuición sobre la inteligencia). Cuando la lógica no ha dominado aún un problema, la intuición se anticipa a solucionarlo. Allí a donde la ciencia no alcanza, extiende la intuición poética y filosófica los impalpa-

bles tentáculos de su videncia subconsciente. La lógica es el fruto de la inteligencia. La intuición es la onda de sabiduría milenaria que todos llevamos dentro como herencia psíquica de nuestros antepasados incontables.

Ante la presencia de un desconocido, solemos experimentar atracción o antipatía súbita. Lógicamente ignoramos el por qué. Mas, acaso la misma explicación anterior es valedera. La sapiencia secular es la que nos habla desde las profundísimas estratas de nuestro yo.

Cuando se recorre la vida de Shakespeare o de Cervantes, cuando nos pasamos de maravilla ante la multitud de personajes tan reales, tan varios y tan diversamente típicos que crearon en sus obras y los comparamos con la estrecha vida que fué su lote personal, no podemos explicarnos de otra manera el genio sino suponiendo que estos hombres fueron capaces de abreviar en las fuentes escondidas de lo subconsciente. Nosotros sólo sabemos la existencia de esas aguas profundas, pero ignoramos el camino para llegar hasta ellas. Los genios, los videntes, los iluminados son tales, porque son capaces de eludir, de burlar o de cautivar a los dragones que guardan las puertas del palacio interior. Entrando en sí mismos, descubren toda la humanidad.

Nos llenan de maravilla las conquistas del hombre sobre el reino de las cosas materiales. Todavía nos queda por explorar el mundo de dimensiones que es nuestro íntimo reino...

Amanda Labarca H.

Santiago de Chile, julio de 1928.

# Tablero

= 1928 =

Un costarricense perspicaz, residente en Nueva York, nos escribe en carta privada estos renglones oportunos:

En cuanto a los negocios de Electricidad, hacen bien en pararle el golpe. La Electric Bond & Share (La Phoenix Utility Co.), que son los que han puesto algún capital en la compra de diversas empresas, no son sino empresas subsidiarias y especuladoras de la General Electric Company, compañía que con la Western Electric o Standard Electric está monopolizando todos los negocios de electricidad de la América. Ya tienen cogida a toda Cuba, y existe en Alemania con otro nombre, la A. E. G. Esas compañías son pulpos. De los negocios de energía eléctrica pasarán a la venta de materiales eléctricos, como lo hacen en todo el mundo, y pronto los comerciantes de Costa Rica no tendrán ni siquiera el derecho de vender una bombilla eléctrica o un motor, pues no pueden resistir la competencia de estas grandes compañías que todo lo absorben y que tienen monopolizada casi la industria de productos eléctricos en este país. Eso sí, al adoptar una política de protección las compañías nacionales de electricidad deben obrar con juicio e impulsar todo el negocio de electricidad, que es utilización de recursos naturales con fines industriales. Pero allá las empresas de luz y fuerza son las primeras en obstaculizar el consumo, de energía, y nadie usa cautines eléctricos ni luz de día, ni motores suficientes, ni cocinas eléctricas, ni tantas aplicaciones como ofrece la electricidad, porque ellas restringen el consumo de la electricidad para otros fines que no sean los de luz incandescente. Si los contratos con las municipalidades estorban el progreso de las aplicaciones eléctricas, por cuanto fueron hechos en época en que las aplicaciones de la electricidad eran sólo para la luz incandescente o para el dispendioso y anticuado alumbrado de arco, deben reformarse los contratos, para que estén al día con los progresos de la ciencia. La utilización de la electricidad abre el camino a diversas industrias, que bien las necesitamos. ¿Cómo es que ni entre los ricos se usa allá la escoba eléctrica (limpiadoras al vacío), cuando eso alivia las faenas caseras, y desesclaviza a la mujer? ¿Cómo es que allá, donde no se puede producir gas para cocinar y la energía eléctrica es barata, no hay una cocina eléctrica en cada casa? Además, muchos productos eléctricos, tales como acumuladores y transformadores se pueden con poco costo producir en el país. ¿Pero quién entiende de técnica y a quién le importa promover industrias, cuando es más fácil jugar a la bolsa o dedicarse a algún contrabando? El gobierno ruso ha comprendido la inmensa importancia de la electricidad y cada día se le da mayor incremento. Igual cosa hace España y el extremo Sur del Sur de América. ¿Por qué no se hace otro tanto en C. R., donde el agua es tan fácil de captar? Hay muchos otros negocios y actividades que no se desarrollan allá porque no hay quien sepa ni entienda de nada. Las ciencias abstractas, tales como la economía política y otras ciencias iluminan el camino. Pero eso huele a *intelectualismo* y allá hay una profunda aversión al intelectualismo porque creen que ello es hacer versos.

A propósito de la suspensión de la Revista *Ariel* de Turcios, Masferrer declara en justicia lo siguiente:

Tenemos fe en lo que dice Turcios al final de su artículo: que *Ariel* no morirá; que simplemente sufrirá un eclipse, y que en la hora de la libertad,

renacerá con más brillo que nunca. En cambio, ha muerto el señor Paz Barahona, Presidente de Honduras, enterrado bajo los escombros de *Ariel*.

Y tememos que nunca más pueda resucitar, salvo que fuera capaz de un gesto de hombre, de esos que son decisivos y fecundos; un gesto a lo Sandino, por ejemplo.

Deploramos la desgracia ocurrida al señor Paz Barahona, a quien apreciábamos. Es verdaderamente lamentable que un hombre que inauguró su gobierno haciendo reproducir las *Palabras de un Creyente* de Laménais, lo termine suprimiendo la Revista *Ariel* de Froilán Turcios.

**Patria**, de Masferrer, es un gran diario. Modelo de diarios en tierras como éstas, en que son tan escasas, o muy atrasadas las ideas que circulan. Reproduce Masferrer algunos de sus magníficos editoriales y tan recomendable costumbre, la justifica en estos términos:

CONFIRMANDO Y REAFIRMANDO IDEAS

Nació *Patria* como un diario que tiene un programa, es decir, una orientación, un punto de mira; y en ese concepto, su ideología, manifestada principalmente en sus editoriales, va marcando día por día su labor y su esperanza: lo que ha realizado y lo que anhela realizar.

Ahora bien, un diario así, que es como un compromiso con el país; más aún, una cooperación en que el país contribuye tanto como el diario, necesita recordar con frecuencia sus afirmaciones, sus iniciativas, sus ideas; todo aquello que la memoria de sus lectores debe tener presente, a fin de que en todo tiempo estén seguros de que les sirve con fidelidad y empeño.

Este deseo de que nuestra comunión con los lectores sea viva y sostenida, y de que ellos no olviden a dónde vamos, nos mueve a reproducir algunos de los editoriales que juzguemos necesitados de una repetición, útil para nosotros, acaso grata para ellos.

Además, así lograremos que nuestros nuevos suscriptores no ignoren de donde venimos y adonde nos encaminamos.

De los autores hemos recibido estas obras, que agradecemos:

Joaquín Edwards Bello: *El chileno en Madrid*. Novela. 2.<sup>a</sup> edición. Edit. Nacimiento. Santiago de Chile, 1928.

Arturo Capdevila: *Babel y el castellano*. Cabaut y Cía. Buenos Aires, 1928.

*Un orgullo ha dictado este libro argentino, el de hablar castellano. Y una cosa querría patrióticamente el autor: comunicar este orgullo a toda la gente que lo habla.*

Fernando Centeno Güell: *Poesías*. 1928, San José de Costa Rica.

Francisco Machón Villanova: *Cooperatismo*. Ensayo sobre Constitución de una Política educativa. San José de Costa Rica, 1928.

Pedro Ugarteche: *Páginas universitarias y Diplomáticas*. Lima, 1928.

Recuerdos de la Universidad. Política Internacional. Carta del Senador Arana. La participación del Perú en los esfuerzos emancipadores de Cuba.

Dmitri Ivanovitch: *Tristezas en el mar*. Cartagena, Colombia, 1928.

Salvador Merlino: *Jaculatorias de los sentimientos morales*. Buenos Aires, 1927.

José Rafael Wendehake: *Artículos Itsmeños*. Colón, R. de P.

P. Jaramillo Alvarado: *Política tropical*.

Con un estudio preliminar acerca de *La Dictadura de Bolívar*. Quito, 1927.

Estractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

**Referencias.**—En su tratado *De Senectute*, una de las obras más bellas de la literatura latina y de la antigüedad, Cicerón concilia perfectamente el espiritualismo platónico con la moral estoica.—*Cita de Leopoldo Lugones*.

Justo es hacer notar aquí que Platón no era demócrata; pero reconoció siempre, con noble imparcialidad, las ventajas y méritos de la democracia ateniense. Esto sólo prueba que en la aplicación de los principios formulados y desarrollados por su filosofía, la lógica de los hechos fue superior a su dialéctica. Así, la práctica misma de la moral platónica, no era incompatible con la democracia. Dion, el austero filósofo siracusano, jefe de la revolución democrática contra Dionisio el Joven, fue platónico. Y por lo demás, *La República* fue ante todo un tratado didáctico. Así lo entendía Rousseau, con precisión admirable: «No es una obra de política, sino el más hermoso tratado de educación que se haya compuesto.»—*Cita de Leopoldo Lugones*.

A propósito de Tolstoi:

...con narraciones de la Biblia, sobre todo de la sublime *Historia de José* que, ya anciano (1), aun lo presentaba como un modelo de arte.—*Cita de Román Rollard*.

...una de las más hermosas visiones (2) de sus *Cuentos Populares*.

...una de las más bellas novelas líricas que Tolstoi haya escrito, el canto de su juventud, el poema del Cáucaso, *Los Cosacos*.

...las inolvidables narraciones de *Sebastopol*.

...*Polikuchka*, que es acaso su obra más desnuda de intenciones morales, a un lado la maldición latente que en ella pesa sobre el dinero y su poder nefasto; obra escrita puramente para el arte; obra maestra, desde luego.

...la obra más pura que haya producido, la *Felicidad Conyugal*.—...Armonioso equilibrio de la forma y del pensamiento, la *Felicidad Conyugal* tiene la perfección de una obra raciniana.

...las obras maestras de su pensamiento, monumentos colosales que dominan toda la novela del siglo XIX: *La Guerra y la Paz*. (1864-1869) y *Ana Karenina* (1877-1887).

En torno de esta tragedia (*Ana Karenina*) de una alma que el amor consume y que abrumba la Ley de Dios,—pintura de una fuerza y de una profundidad espantosa— dispuso Tolstoi, como en *La Guerra y la Paz*, las novelas de otras vidas;... mas, por ello, no es menor la maravillosa riqueza de esta obra.

Tolstoi releyó pacientemente los *Pensamientos* de Pascal durante el período de crisis que precedió a las *Confesiones*. De ello habla en sus cartas a Fet (14 de abril de 1877 y 3 de agosto de 1879); y recomendaba a su amigo que los leyera.

Escribía entonces estas obras maestras: *La muerte de Ivan Ilich* (1884-86), *Las Narraciones y los Cuentos Populares* (1881-86), *El Poder de las Tinieblas* (1886), *La Sonata a Kreutzer* (1889) y *Amo y Criado* (1895). En la cima y término de este período artístico, como una catedral de dos torres,

(1) Tolstoi.  
(2) *Los dos viejos*.

simbolizando en la una el amor eterno y en la otra el odio al mundo, se levanta *Resurrección* (1899).

Por el vigor del efecto, por la concentración apasionada, por el relieve brutal de las visiones, por la plenitud y madurez de la forma, ninguna obra de Tolstoi iguala a *La Sonata a Krentzer*.

Pero si no tiene *Resurrección* la armoniosa plenitud de las obras de juventud, si por mi parte yo prefiero *La Guerra y la Paz*, no por eso deja de ser uno de los más hermosos poemas de la compasión humana, tal vez el más verídico.

...se concedía el derecho de proseguir alguna de las bellas historias que se contaba a sí mismo, como su *Hadji-Murad*, epopeya militar que canta un episodio de las guerras del Cáucaso...

*El padre Sergio* (1891-1904) pertenece también a la mejor manera de Tolstoi.

De un arte superior son una serie de pequeños relatos: *Alexis el Tonto*, que participa de la vena de los hermosos cuentos populares...; *Después del baile...* obra perfecta, primero, de un exquisito encanto de recuerdos juveniles y luego de una alucinante precisión; *Lo que yo he visto en sueños*; *Khodyuka*.—Citas de *Romain Rolland*.

Fijaos en la palabra *Estado*; hemos llegado a usarla en un sentido muy libre. Significa, literalmente, la posición en pie y estable de una cosa, y encontramos este sentido en toda su fuerza en la palabra derivada *estatua*, esto es, *la cosa inamovible*. El estado o majestad del Rey y el derecho de su reino a ser llamado *Estado* dependen de la inmovilidad respectiva; nada de sacudidas, ninguna oscilación que haga perder el equilibrio...—Cita de *Ruskin*.

*Ser* (de *sedere*, estar sentado) se aplicó a las cualidades esenciales y permanentes; *estar* (de *stare*, estar de pie) a las accidentales y transitorias. De aquí la diferencia entre, verbi gracia, *ser pálido* y *estar pálido*, *ser húmeda una casa* y *estar húmeda*.—Cita de *Bello*.

### Hoover y Smith

El profesor Murray Buttler, una de las más altas figuras del partido republicano de los Estados Unidos, y de los más sólidos prestigios intelectuales de ese país, ha proyectado la luz de un rudo análisis sobre el discurso con que Mr. Hoover inició su campaña presidencial. Este discurso tenía una importancia trascendental. En él procuró Hoover condensar todas sus ideas y todos sus proyectos. Y en efecto, desarrolló un tema cardinal: la necesidad de ser fuertes, por encima de la de ser respetados. El doctor Murray Buttler pregunta qué clase de ética es la del candidato que proclama este postulado inmoral; ni qué esperanza queda a los pueblos pequeños, que quieren ser respetados y no pueden ser fuertes. Si a esta peligrosa declaración de Mr. Hoover añadimos sus tendencias al proteccionismo; su política exageradamente, exclusivamente favorable a los intereses financieros de su país, tendremos que la América Latina no puede ver con indiferencia su acceso al poder. Ya no es sólo el flemático señor Coolidge que deja hacer. Es el hombre enérgico que hará. ¿Y qué no hará cuando se vea a la cabeza del pueblo más poderoso de la tierra? Su adhesión al programa de construcciones navales destinadas a dominar los mares es un ejemplo de lo que espera al mundo.

A la América Latina y al mundo les interesa en un grado superlativo el resultado de las elecciones americanas. Al Smith

es el símbolo de la paz, del progreso ordenado, de la no intervención, de la tranquilidad. Al Smith es el verdadero sucesor de los fundadores de la nacionalidad americana. El prestigio de Smith ha traspasado las fronteras patrias, y desde aquí y desde todos los pueblos latinos, se le mira con un cariño y un entusiasmo igual al que sienten por él las multitudes norteamericanas. Al Smith devolvería al continente la confianza en los Estados Unidos y acabaría con el malsano ambiente creado por las hazañas de los marinos que en mala hora envió el señor Kellogg a Nicaragua. Por lo demás, la candidatura de Al Smith gana terreno todos los días. La gran masa del pueblo norteamericano siente instintivamente que Smith es el hombre de la hora, y votará por él.

(*El Tiempo*. Bogotá).

**Salvat Editores, S. A.** (41. Calle de Mallorca. 49. Barcelona) nos ha remitido un ejemplar del tomo II de la excelente *Historia del Mundo* de J. Pijoán.

En el prólogo dice Pijoán:

Ha sido motivo de gran satisfacción, así para el autor como para los editores, que el primer volumen de esta obra se haya leído con extraordinario interés en Europa y en América. Nos propusimos hacer luz, avivar la curiosidad, despertar la impaciencia de nuestra raza adormecida para que conozca mejor los problemas que en nuestra obra enunciamos, y no parece sino que lo hayamos conseguido. La juventud muy especialmente, que representa el mañana, y los pueblos de América, que representan el porvenir, son los que más interés han demostrado por el primer volumen de estas *historias*. Y, ¿por qué no citarlo? El pensador más eminente de nuestra España contemporánea, D. José Ortega y Gasset escribía en 1926: «Yo no he tenido tiempo de leerlo aun, pero mi hijo ha devorado el libro en pocos días». Otros estimarían más el elogio del padre, nosotros preferimos que nos lea el hijo.

Los capítulos de este 2<sup>do</sup>. tomo:

1. Homero.—2. La invasión de los dorios. La colonización griega.—3. Licurgo y Solón.—4. Los tiranos griegos.—5. El despertar del pensamiento griego.—6. El triunfo de Atenas: Maratón y Salamina.—7. Pericles.—8. Los orígenes de Roma.—9. La conquista de Italia por Roma. Las asambleas romanas.—10. Roma o Cartago.—11. Los deportes

griegos. Píndaro.—12. Los orígenes del teatro griego. Esquilo y Sofocles.—13. La evolución del pensamiento griego de Pitágoras a Sócrates.—14. La guerra grande de los griegos. Eurípides.—15. El período de los oradores áticos.—16. Alejandro.—17. Platón y Aristóteles.—18. La época de los diádocos. El Museo y la Biblioteca de Alejandría.—19. Estoicos y epicúreos. Balance de la ciencia griega.—20. La revolución romana.—21. Augusto. Horacio y Virgilio.—22. Administración romana de Augusto a Diocleciano. Séneca y Plinio.—23. La vida presente y la vida futura según los romanos.—y 24. La periferia del mundo antiguo.

### La América Latina afirma sus derechos ante los E. E. U. U.

Ginebra, jueves 16 agosto 1928.—Que la separación se hace cada vez más amplia entre los E. E. U. U. y las naciones Latino-Americanas, conforme estas últimas obtienen independencia y confianza por medio de su participación en la Liga de las Naciones, ha sido nuevamente demostrado con la solicitud que Costa Rica ha hecho, ante la Liga, para que se interprete la Doctrina Monroe.

Costa Rica afirma que ella considera la Doctrina Monroe simplemente como una declaración unilateral, siguiendo en esto lo afirmado ante Ginebra por Argentina en marzo recién pasado. Esto muestra, no solamente la solidaridad Latino-Americana sino también una creciente tendencia de Argentina para convertirse en la nación *leader* entre las Latino-Americanas, en sustitución de los E. E. U. U.

Demuestra claramente también la tendencia de Hispano-América a usar la Liga como un freno contra el dominio de los E. E. U. U. sobre la Unión Pan-Americana.

Por otra parte, la solicitud de Costa Rica coloca a la Liga en una posición difícil.

Los círculos favorables a la Liga se sienten complacidos, ya que el caso demuestra que la aplicación del principio, sustentado por la Liga, de igualdad entre las naciones, permite a una de las más pequeñas repúblicas del mundo interrogar acerca de una doctrina que interesa a una de las más grandes potencias del mundo.

No obstante, es seguro que la Liga no dará ninguna interpretación, si no es de completo acuerdo con los E. E. U. U. y hará los esfuerzos posibles a fin de encontrar una interpretación que sea aceptada no solamente por los E. E. U. U. y por la América Latina sino por todos los miembros de la Liga.

(*The New York Herald*, agosto 17-1928)

Los hombres de mayor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50** c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica